

BOLSILIBROS
BRUGUERA

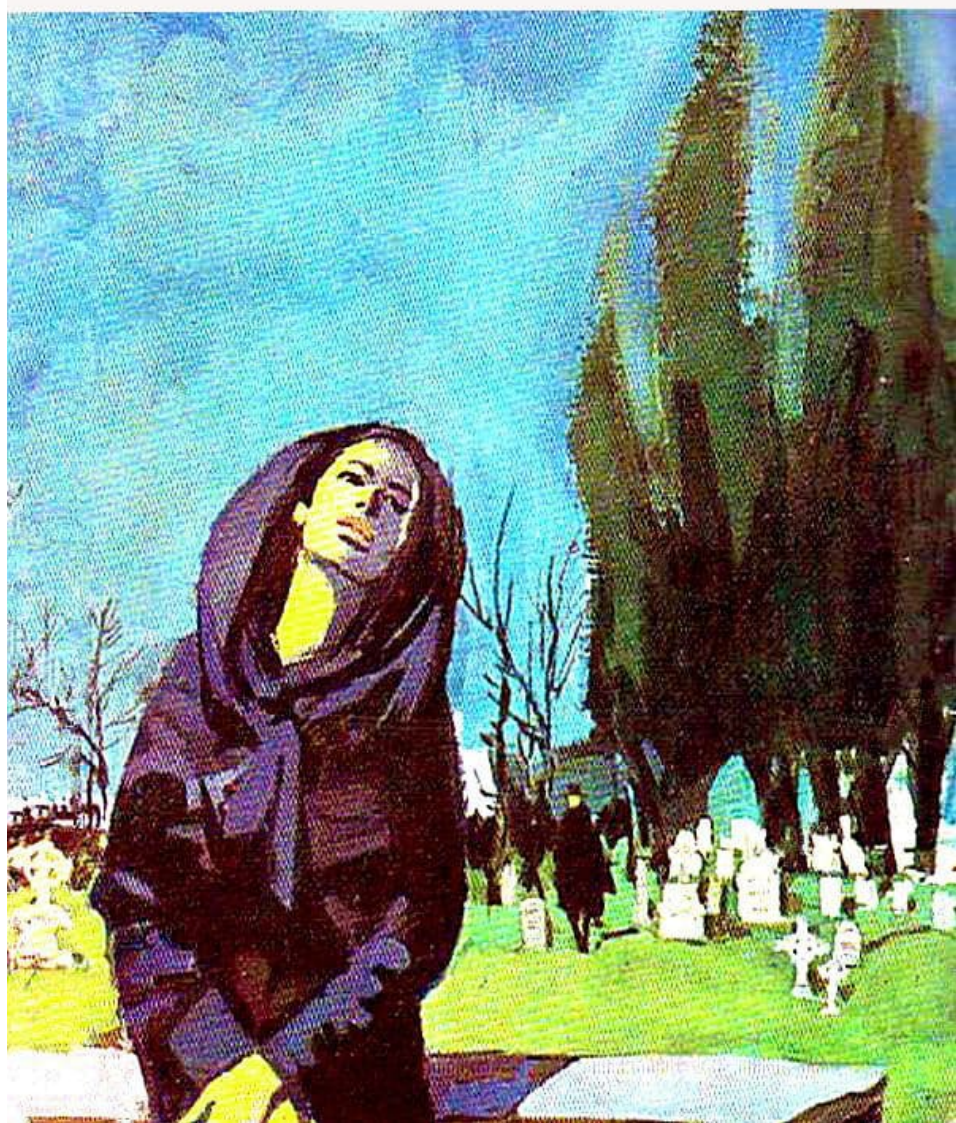
POLICIACA

SERIE

SERVICIO SECRETO

el intermediario

vic logan



El tren se detuvo en la pequeña estación de Rocksfolk, rodeada de una niebla tan espesa como húmeda. Apenas era posible vislumbrar el pequeño edificio que anunciaba el lugar.

Hacía frío y Brent, entornando los ojos heridos por la humedad, dejó en el suelo su pequeño maletín y se subió el cuello de la gabardina.

Le habían dicho que el pueblo quedaba a unos tres kilómetros de distancia de la estación del ferrocarril y pensó preguntar a alguien cómo podía desplazarse hasta el centro.



Vic Logan

El intermediario

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1295

ePub r1.0

Lds 17.07.18

Título original: *El intermediario*

Vic Logan, 1975

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

El tren se detuvo en la pequeña estación de Rocksfolk, rodeada de una niebla tan espesa como húmeda. Apenas era posible vislumbrar el pequeño edificio que anunciaba el lugar.

Hacía frío y Brent, entornando los ojos heridos por la humedad, dejó en el suelo su pequeño maletín y se subió el cuello de la gabardina.

Le habían dicho que el pueblo quedaba a unos tres kilómetros de distancia de la estación del ferrocarril y pensó preguntar a alguien cómo podía desplazarse hasta el centro.

Pero ¿a quién?, ¿a quién preguntar? No se veía un alma viviente, aunque sonó un pito indicativo de que el encargado de la estación estaba allí. Ahora que, ¿dónde?

¡Aquella maldita niebla!

Anduvo unos pasos y creyó vislumbrar la verja que separaba el enclave ferroviario de una pequeña plaza. Oyó el zumbido de un motor y pensó en hallar un taxi.

Sheffield, su superior, se lo había indicado.

—Por un par de coronas un renqueante automóvil te llevará hasta la posada. No se la puede llamar hotel, pero es bastante confortable.

Brent había preguntado:

—¿Crees de veras que vale la pena que visite ese lugar?

—Bueno. No puedo darte una plaza privilegiada. Eres el último mono, no lo olvides. Las ciudades son para los vendedores más antiguos. Todos han empezado como tú, en pequeños pueblos, y han salido adelante... No tienes muy buena estrella. Pero ya sabes, la suerte hay que buscarla. ¡Animo y adelanté!

Y Brent pensó:

«¿Quién diablos va a comprar cinturones y artículos de piel en un lugar que casi no figura en el mapa?».

Lo pensaba mientras trataba de orientarse entre la espesa niebla que envolvía la plazoleta y que, por supuesto, impedía la visión de un pueblo que se le antojaba habitado por fantasmas...

No había taxis.

Alguien le dijo:

—No creo que Harry vuelva por aquí. Si se hubiera dado prisa le hubiese alcanzado. Debió pensar que no había clientes... ¿Vino usted en el tren?

—Sí, eso hice. ¿Quién es Harry?

—El taxista —contestó la sombra—. Creyó que no había nadie.

—Pues ya podría estar acostumbrado a ver a la gente a través de la niebla —repuso Brent de mal talante, sujetando el maletín de muestras con una mano y el cuello de su ajada gabardina con la otra.

—Lo siento, amigo. Va a llover.

—¡Oiga! ¿No se puede telefonar al tal Harry?

Su interlocutor, casi invisible por la espesura meteorológica, contestó metiéndose en el edificio de la estación, según creyó Brent:

—Son casi las cinco. Pronto se hará de noche. Harry no sale nunca de noche si no es un caso urgente...

Y el hombre desapareció tragado por la niebla, o por la puerta de la estación, mientras Brent se preguntaba:

—¿Y no es un caso urgente dejar a un hombre sólo con este tiempo y con tres kilómetros por delante?

Tres kilómetros que tenía que recorrer si no quería quedarse a la intemperie.

Tres kilómetros con la amenaza de la lluvia.

Y ésta llegó cuando la niebla parecía que empezaba a disiparse, aunque no del todo.

Brent tuvo que acelerar la marcha durante el último kilómetro de su recorrido, porque el agua caía a cántaros, y menos mal que encontró donde guarecerse en el cruce de un camino vecinal, pegado al portal de una vieja edificación que le permitió descansar y protegerse de los elementos.

Observó se trataba de un taller de reparación de automóviles, y que estaba cerrado.

Afortunadamente, eso creyó Brent, la lluvia amainó y, aprovechando las últimas luces del crepúsculo, corrió por el sendero deseando llegar cuanto antes a la pensión, posada o lo que fuera, de aquel pueblo cuyas casas aún no había conseguido ver.

—Es lo parece una pesadilla —se dijo, mientras aceleraba el ritmo de su marcha.

Se lamentaba de su suerte y se compadecía de sí mismo.

Tenía cerca de treinta años y, viéndose en aquella situación, no podía por menos que sentir lástima de su persona.

—Otros a esa edad ya han triunfado. Y yo... ¡Maldita sea!

Y no por falta de ingenio, ni de planes, ni de imaginación, no. El, Brent, había sido un hombre normal, incluso con un coeficiente de inteligencia superior a la media; no obstante era siempre víctima de la mala suerte.

Como ahora... que de nuevo empezaba a llover... Y arreciaba fuerte.

—¡Maldita sea! —repitió.

Corría paralelamente a una pared difuminada por la bruma. Al final había un hueco, una verja. No lo dudó, entró buscando un cobijo, y apenas dio unos pasos por el dismantelado recinto comprendió dónde se había metido.

¡Un cementerio!

—Suerte que no soy supersticioso —se dijo mientras sus ojos se clavaban en una tumba.

Estaba rodeado de ellas. Todas con los nombres medio borrosos, algunas con flores, otras abandonadas.

Sin saber por qué se fijó en una:

PAMELA STAVESSY

Debajo, un par de fechas, la de su nacimiento y la de su muerte:

1898 – 1974

—Bueno —se dijo—. No se puede decir que murió joven.

Y enseguida se preguntó qué diablos le importaba a él la vida de una persona a la que ni siquiera conocía.

Y el caso es que seguía lloviendo y él se estaba mojando. Tenía que buscar un refugio. Algo.

Le pareció ver una sombra, una silueta que se movía...

—¡Eh! —gritó.

La sombra se desvaneció y Brent sintió un escalofrío que apenas consiguió dominar.

Luego vio la casucha. Supuso que debía ser la del guardián y corrió hacia ella.

Comprobó que la puerta estaba cerrada. Llamó pero no contestó nadie.

Bueno. En el portal no se mojaba gracias a la pequeña marquesina que protegía la entrada.

Dejó la maleta en el suelo y se sacudió simbólicamente el agua que empapaba su vieja gabardina. Estaba todo él hecho un asco.

—A menudo sitio he venido. Y total para no vender nada... ¡Esto es un cementerio!

Se dijo que había confiado demasiado en su amigo Sheffield. O, más que confiar, había esperado demasiado de una antigua amistad.

—Al fin y al cabo me acogió por lástima. ¡Eso es lo que yo causo: lástima! ¡Sólo soy un pobre hombre!

Por su apariencia, Brent no parecía ningún pobre hombre. Era alto, apuesto, tenía don de gentes y su trato resultaba agradable. Era buen deportista además y tenía porte. Pero, por más apariencia que se tenga, la conciencia reacciona de acuerdo con la situación de la persona, y la de Brent no era boyante.

—¡Bah! ¡Esa maldita empresa de Sheffield tampoco es gran cosa...! ¡Si piensan vender mandando viajantes a pueblos como éste, están listos!... Ni siquiera facilitan automóvil... ¡Claro que tampoco pagan! Por eso Sheffield me aceptó. Creo que ni siquiera me hizo un favor...

Fue entonces cuando apareció la sombra enlutada. Era una mujer de aspecto frágil que apareció entre la bruma como por ensalmo y se dirigió a una de las tumbas. Precisamente la de Pamela Stavessy.

Algo muy profundo, inexplicable acaso, atrajo la atención de Brent hacia aquella figura.

Inmóvil en el portal del guarda, contempló a la enlutada silueta y se le antojó una mujer joven.

La vio perfectamente como mojándose bajo la persistente lluvia, permanecía rígida al pie de la tumba, donde depositó un sencillo

ramo de margaritas mezcladas con otras flores silvestres.

—¡Vaya lugar! —exclamó Brent para sí—. Aquí todos deben estar locos. ¡Venir al cementerio en una tarde como ésta...! —Lanzó un bufido, pero algo continuaba atrayéndole sin saber exactamente por qué.

«Pamela Stavessy», recordó el nombre de la tumba.

La figura frágil y enlutada se volvió después de un corto rezo. Por un instante la bruma pareció disiparse y Brent observó perfectamente a la muchacha. Era joven. Veinte y pocos años. Seria, sumisa.

Avanzó de nuevo hacia la salida cuando la lluvia comenzaba a decrecer.

¿Cuánto tiempo había transcurrido?

La niebla se disipaba también, aunque no era posible todavía ver más allá de veinte metros.

La muchacha cruzó el umbral de la puerta del cementerio sin volver la cabeza. Andaba con paso firme y decidido. Iba erguida, pensativa quizá. Luego Brent la vio perderse en la niebla cada vez más lejana.

Antes de que pudiera reaccionar tuvo un sobresalto. Era el efecto que una pesada mano sobre su hombro le había producido.

Una voz cavernosa le preguntaba a su espalda:

—¿Le gusta este sitio, amigo?

CAPÍTULO II

Brent tuvo sobrada ocasión de reírse de sí mismo. De su miedo, producto del lugar, de las circunstancias especiales, del momento psicológico, incluso...

Brent estaba frente al enigmático guardián del cementerio. El mismo que acababa de preguntarle si le gustaba el lugar.

—Me quedé aquí por la lluvia. Es la primera vez que vengo a este pueblo y me pilló la tormenta —había replicado Brent a modo de disculpa.

—¿Por qué no llamó? Pase... Esto es pequeño, pero se está bien aquí. Se respira paz y siempre huele a flores. El aroma traspasa las paredes. En el cementerio siempre hay flores.

El guardián hablaba con deleite del lugar. Parecía encantado de la vida, de su trabajo y de su acomodo.

—Bueno. Ha amainado. Creo que será mejor que siga mi camino. La niebla también escampa y pronto será de noche. Tengo que llegar hasta la posada.

—¿Posada? Hummm —rezongó el guardián—. Bueno. Si le gustan las posadas...

—No espero encontrar el servicio del Gran Hotel, pero en algún sitio debo dormir... —sonrió Brent.

—¿Quiere un vaso de buen vino? Me lo traen, ¿sabe? Algunos quieren que me ocupe de sus tumbas, para que los inquilinos no tengan queja... Son buenos inquilinos los muertos. Jamás dicen nada. Todo lo encuentran bien. Son los vivos los más quisquillosos. —Y el hombre sacó una botella y dos vasos no demasiado limpios. Los llenó del vino rojizo y de buen aroma—. Ande beba. Es obsequio de un vivo... Beberemos a la salud del muerto. Y no lo tome como un sarcasmo. Yo siento un gran respeto por los muertos.

Vivo de ellos. —Tomó el vino que Brent no parecía muy dispuesto a probar y tras lanzar una bocanada de aire murmuró—: Excelente caldo. Español. No sé de dónde exactamente, pero es fuerte. Muy bueno para la sangre. ¿No quiere probarlo?

Brent sintió que necesitaba reanimarse. Todo aquello le resultaba un tanto ficticio... Un pueblo extraño, la niebla, un cementerio...

«Vaya amistades que hago», se dijo a sí mismo, y se dispuso a tomar el brebaje.

—«Sangre de Mártires» —exclamó el del cementerio y Brent sintió un escalofrío sin saber por qué.

Terminó el vino de un sorbo y murmuró:

—Excelente sangre... Digo vino... ¿Español, eh?

El guardián cambió de conversación bruscamente:

—Me he fijado como observaba a la Stavessy... Buen partido. Joven, bella y un poco chiflada... Le hace falta un hombre. Pero es difícil acercarse a ella.

—¿Stavessy? —inquirió Brent y pensó en la tumba—. ¿Se refiere a esa joven que...?

—¡Sí! Parece una viuda... No falla ningún día con sus flores silvestres. A la vieja Pamela le encantaban. Otra chiflada.

Brent pensó que su interlocutor tenía ganas de charla y le dejó hablar sin saber porqué. Quizá no sentía muchos deseos de reemprender el camino, muestrario en ristre, para meterse en un frío parador. En realidad le fastidiaba encontrarse en aquel pueblo. Repudiaba su misión. Aborrecía tener que ir de tienda en tienda a ofrecer cinturones. Hubiera deseado hallarse en Londres, en una casa pequeña pero confortable, con un vaso de *whisky* y un hogar encendido, puede que también con una mujer al lado... Y comodidades, sobre todo muchas comodidades...

El guardián siguió hablando de Pamela Stavessy.

—Una vieja ridícula. Solterona, claro. Dicen que tuvo un gran amor una vez que finalizó un largo viaje... Pero nadie vio al galán...

—¿Tenía dinero la vieja? —preguntó Brent sin saber exactamente por qué.

—Como para levantar un muro con billetes de a libra... Tiene un establecimiento de baratijas, puntillas y cositas de ésas para

viejas...

—Y cinturones —adujo maquinalmente Brent.

—¡Oh, sí! En realidad vende de todo. Es el almacén más importante del pueblo pero a decir verdad, el dinero no lo ha hecho sólo con la tienda...

—Ya me parecía a mí...

—Yo no sé... Son misterios, pero bueno, el caso es que tuvo mano izquierda para los negocios y dejó una gran fortuna. Ahora la disfruta Paula.

—¿Paula?

—La que ha visto usted ahí... Huerfanita. ¡Je! Pero millonaria.

—¿Y cuida de la tienda?

—¡Qué va! Es demasiado vulgar. Su tía jamás quiso ponerla detrás del mostrador. Hay dependencia asalariada que cuida de esto. Paula es una señorita.

Brent pensó que maldita la falta que le hacía conocer toda aquella historia, pero el guardián tenía ganas de hablar.

—Total, que la sobrina tampoco quiere casarse. Apenas sale de casa si no es para venir al cementerio.

—Supongo que en este agujero no deben existir muchos sitios donde poder divertirse —murmuró Brent.

—Bueno, no. Pero en los alrededores sí hay lugares... Y con un coche se puede ir a todas partes. Hay clubs, discotecas... Para una chica joven y con más dinero que kilos pesa, esto no es un problema... Pero ella empezó cuidando a la tía cuando la vieja empezó a sufrir del mal de amores. Quiero decir cuando regresó del viaje enamorada de un fantasma... porque por lo visto, el varón de sus sueños no apareció. Y ella murió de pena... y de *whisky*.

—Bien, todo muy interesante. Ahora tengo que irme. Gracias por la charla y por el vino. Es excelente. De veras.

—Tome otro trago. Eso entona. Le espera un buen trecho. Todo cuesta. Si va usted a pie... malo.

El del cementerio sirvió otro vaso y murmuró:

—Sebastián...

—¿Cómo?

—Sebastián se llamaba el gran amor de la vieja. Ella dijo que murió allá en Cuba, por la revolución. Yo no me creo nada, pero puede que sea verdad... —Bebió de un trago el caldo y añadió—:

¡Ah! Lástima de chiquilla. Un hombre inteligente podría hacer algo por ella... —Y se sirvió y tomó un tercer vaso e hizo repetir a Brent, al que tras un silencio preguntó—: ¿Vendedor, eh?

—Pues...

—Bueno. Eso se ve. Vienen pocos forasteros y más cuando alguien trae un muestrario. Porque esa cartera que lleva es un muestrario. ¿Eh?

—Sí —admitió Brent. Y sin saber por qué le dolió confesar aquella profesión. En realidad él no era vendedor. El era...

¿Qué era él en realidad?

Un escritor en potencia... pero sin suerte, un artista pintor, sin suerte... un hombre de negocios... fracasado.

Alguien simplemente, a quien la fortuna había desamparado, pero tenía un porvenir por delante. Tenía...

El cuarto vaso de aquel vino que calentaba el alma, que le producía un calorcillo agradable y que le hacía circular la sangre más deprisa por sus venas... que le ayudaba a pensar, como si de una droga maravillosa se tratara.

—¡Por mi jubilación! —exclamó el del cementerio.

—¿Se jubila usted? No es tan viejo...

—Me largo de aquí. Me gusta esto, sí, señor, pero prefiero mi pueblo. Está por el norte. Hay una plaza vacante en el cementerio...

—¡Vaya! No hay duda de que le gusta su oficio —sonrió Brent animado.

—Para andar entre muertos, prefiero estar entre los míos... —repuso su interlocutor.

—Lógico... —Y de repente precisó—: Siga hablándome de esa familia... Los Stavessy.

—¿Le interesa, eh?

—¡Bah! Es para dar paso al vino.

—Hay poco que decir. La chica prefirió cuidar a la vieja y en premio heredó la fortuna. Ahora es joven y vive sola. Ahí, a menos de un kilómetro. La casa más grande, a la izquierda. Con un inmenso parque, jardín y bosque, tiene cuerdas para caballos —aunque están vacías—, una casa demasiado vasta y no quiere que nadie la ayude. Sólo los viernes van las mujeres que la limpian, pero ella las vigila siempre. Eso dicen al menos...

—Ya... Y ese Sebastián, Cuba, etc...

—Sebastián era el supuesto novio que ella dijo haber conocido. Era cubano y murió. Y la vieja murió de pena. Tres meses. Paula no la dejó ni un momento. Perdió algún pretendiente y ganó una fortuna, pero no le sirve de nada...

—Supongo que en cada pueblo hay una historia como ésta —murmuró Brent después de apurar su cuarto vaso.

Cuando el guardián iba a servirle el quinto, el vendedor de circunstancias hizo un gesto negativo.

—Ya es suficiente por hoy. ¿Cuándo se va usted?

—Mañana por la mañana. Ya no podrá beber un vino como éste...

—Es que quiero llegar a la pensión con la cabeza despejada y la verdad es que ya empiezo a sentir un ligero mareo.

—Pues no insisto. Usted se lo pierde...

—Oiga... Ese Sebastián... Debía ser un viejo. ¿Eh?

—Hummm. Véalo usted mismo. —Y el guardián indicó el exterior.

—¿Eh?

—En la tumba. La vieja Pamela se hizo poner el retrato de su amado junto al suyo... ¿No lo ha visto usted antes?

—No, no. Apenas me fijé.

—Bueno pues... véalo.

—Bien. Gracias por todo, ¿eh? Ha sido una charla muy agradable.

Brent salió de la pequeña y confortable caseta y tras una ligera vacilación fue hacia la tumba de Pamela Stavessy. Tras los cristales de la pequeña casa el guardián le observó con un nuevo vaso de vino en la mano.

Brent miró la fotografía del hombre que se hallaba junto a la de la vieja. Antes no se había fijado demasiado bien. En realidad no le interesaba, pero en esos momentos algo había cambiado en su interior. Algo le impulsaba a tomarse interés por toda aquella historia. Sin saber aun exactamente por qué, vio una posibilidad... Algo remoto. Algo que intuía podía ser el cambio de su vida Su oportunidad.

Raúl Sebastián.

Nacido en Matanzas, Cuba, 1917.

Fallecido ¿en...?

—Vaya lápida más original... No se sabe la fecha de su ^muerte. ¿Qué le parece? —De nuevo la voz del guardián sonó a la espalda del viajante circunstancial.

—Sí. En efecto —asintió Brent dominando un escalofrío. ¡Aquel hombre siempre aparecía cuando menos se le esperaba!

—Ni siquiera está enterrado aquí. En realidad no se sabe cuándo murió.

—Usted dijo que fue cuando la revolución.

—¡Oh! En Cuba la revolución no ha terminado... Y nadie sabe si murió en Cuba; pudo ser en cualquier país sudamericano. Debía tratarse de un guerrillero. Nadie lo sabe. La vieja se llevó el secreto a la tumba, pero quiso poner el retrato junto al suyo.

Brent calculó la edad del tal Sebastián.

—Ahora tendría unos 57 años más o menos. ¿Cuánto hace que murió Pamela Stavessy?

—Un año —repuso el guardián.

—¡Ah! Bueno... En realidad no sé por qué me preocupo tanto. Este asunto no me interesa. Buenas tardes.

—Buenas tardes, amigo. ¡Y suerte! —sonrió el hombre.

Cuando Brent cruzó la puerta del cementerio sintió recuperar la libertad que en realidad no había perdido nunca.

Pero esa misma libertad, a medida que iba andando, le impulsaba a madurar un plan que casi involuntariamente había afluido a su mente.

Sí... ¿Por qué no?

Los que no prueban fortuna jamás la alcanzan...

Observó las flores silvestres, perladas por las gotas de lluvia, que se erguían tímidamente en el inmenso prado y se dispuso a cortar un buen ramillete.

CAPÍTULO III

La casa de Paula Stavessy, tal como la había descrito el guardián del cementerio, era inconfundible. Casi un castillo, situada su entrada al borde del camino tras una corta desviación, estaba situada en el comienzo de una inmensa extensión de terreno con bosque, prado y un bien cuidado jardín.

La verja estaba abierta y el sendero que conducía hacia la entrada de la casa lo bordeaban macizos robles que constituían parte del bosque, de considerable espesura.

Más allá, la explanada. Un lago central y la mole de la casa de piedra gris azulada, inmensa.

Una escalinata cubierta por una marquesina daba acceso a la puerta principal.

La mansión debió ser construida en el medioevo y restaurada después. Brent la imaginó llena de candelabros y con criados de librea atendiendo a los invitados. Se imaginó una inmensa cocina y un ejército de cocineros asando venados para un sinnúmero de comensales.

Pensó que tenía hambre. Llamó.

Tardaron en abrir, y cuando lo hicieron se encontró ante Paula.

Aquella frágil silueta enlutada que había visto en el cementerio ensimismada, contrita, ahora se hallaba ante él mirándole con ojos grandes, asustados, ingenuos.

Vestía con el mismo traje negro, sencillo, largo hasta más abajo de las rodillas, vaporoso, elegante incluso, y que además tenía la extraña virtud de realzar la belleza de la muchacha, porque Paula era hermosa. Muy hermosa. Pálida y hermosa. Tan pálida que parecía irreal. Pero hermosa. Desconcertantemente hermosa.

Brent vaciló.

Ella parecía interrogarle con acusadora mirada.

«Me voy a meter en un lío», se dijo Brent interiormente o acaso fue una voz quien le sugirió lo que iba a ocurrir si llevaba adelante su descabellado plan.

—¿Qué desea? —preguntó Paula tras un silencio eterno.

«Adelante, Brent —le dijo la voz—. Ya estás aquí. Es absurdo volverse atrás. De cobardes no hay nada escrito».

—¿Qué desea? —insistió ella.

—Perdón —reaccionó Brent—. Estoy turbado. Usted debe ser Paula...

—Sí. Ése es mi nombre.

—Yo soy...

Brent miró el ramito de flores silvestres recién cogido.

—Bueno... Me llamo Sebastián. —Buscó un nombre apropiado—. Brent Sebastián... Mi tío era un gran admirador de su... señora tía. Yo... Bueno. Desde hacía muchos años quería visitarla. Era... Era el encargo póstumo de mi tío y...

Los ojos de la muchacha se hicieron más grandes a medida que Brent hablaba.

—¿Usted es sobrino de...?

—De Raúl Sebastián y venía a llevar un pequeño obsequio para su... tía...

—¡Dios mío! Entre usted... ¡Oh! Está empapado... ¿Ha venido a pie? ¿Cuándo ha llegado?

—En el tren... Verá... Estoy realizando un viaje alrededor de... Bueno... Viajo simplemente. No tengo coche. Lo alquilo cuando me hace falta. Estaba en Londres y me dije que era lo más próximo al pueblo de la señora Stavessy y que debía ir a verla para cumplir el encargo de mi difunto tío.

«¿Y si me ha visto en el cementerio?», pensó de repente.

—¿No nos hemos visto antes, señor Sebastián? —preguntó la joven—. ¡Oh! Deme su gabardina... Y pase, por Dios; junto al fuego estará bien. Puede quitarse la ropa si lo desea... Si lleva equipaje puede cambiarse o le prestaré lo que necesite...

—Gracias por su amabilidad, pero en realidad yo quisiera saludar a su tía —murmuró él y esperó la justa reacción de la muchacha.

—¿Mi tía? ¡Dios mío! ¿Usted no sabe...?

—¿Saber qué...?

Ella le miró fijamente...

«Bueno —pensó Brent— si me ha visto en el cementerio no es como para alarmarse. Diré la verdad. Llovía y me refugié allí. Es lógico porque no había otro lugar mejor... Sí. A veces la lógica es lo menos complicado».

—Mi tía murió hace un año, señor Sebastián...

—¡Oh, no! —Brent miró su ramillete de flores. Ella creyó comprender.

—Démelas. A tía Pamela le hubiera encantado recibir ese obsequio del sobrino de Raúl Sebastián...

A partir del momento en que ella tomó delicadamente aquel ramillete había nacido entre los dos una corriente de mutua simpatía.

* * *

Enfundado en una bata de buena tela —lo mejor que Brent poseía de su guardarropa— se hallaba ahora frente al hogar, ante las reconfortantes llamas.

Paula le había servido un buen *whisky* y se sentó en la otra butaca. Charlaban ya como dos viejos amigos.

—Pues sí. Tío Raúl me había enseñado su foto, Paula. Por lo visto su tía de usted la quería tanto, que la llevaba siempre consigo mostrándola a todo el mundo. Y entre las cosas que heredé de mi tío, se encontraba esa fotografía; por eso la he reconocido al abrir la puerta. Además, se parece usted a su tía, pero si me lo permite, usted es mucho más hermosa.

—Muchas gracias... ¿Conoció a mi tía, Brent?

—La vi una vez, no recuerdo exactamente dónde. Tengo mala memoria. Excepto para las fisonomías... Fue una lástima que su tía y mi tío no llegasen a...

Pero no hablemos de esto. La estoy molestando. Mi ropa estará ya seca y...

—Por favor. No pensará usted marcharse ahora. Con este tiempo. ¡Vuelve a llover de nuevo!

Paula se había levantado. Miraba a través de los amplios ventanales de la sala.

—Es tarde, la verdad, pero...

—Tengo una casa enorme, Brent. Quédese esta noche... ¿Por qué no pasa unos días? ¡Estoy siempre tan sola! Hablar de mi tía será un consuelo para mí.

—Pero... Usted la quería mucho. ¿Por qué le gusta recordar cosas tristes?

—Ya no son tristes. Acepto los designios de la providencia, Brent. Pero me place hablar de ella. Me hubiera gustado tanto que hubiera sido feliz...

Brent pensó que con la mitad del dinero que atesoraba la vieja cualquiera se hubiera sentido inmensamente dichoso.

—Bueno... Si no le ha de servir de molestia... me quedará esta noche, pero la verdad es que...

—¿Qué? —preguntó ella con ansiedad.

—Me gusta esto... Y mirándola a usted... comprendo por qué mi tío se había enamorado de la señora Stavessy... Y usted es más hermosa.

Pensó que ella se ruborizaría, pero Paula parecía haberle empezado a tomar gusto a los cumplidos de Brent y se limitó a sonreír.

—Es usted muy amable. Venga... Le mostraré su habitación y quédese todos los días que le apetezca. Si de veras le gusta todo esto, no hay motivo para que se vaya. Será un placer atenderle... Por favor...

Tomó la delantera para acompañarle hasta la escalera. Brent pensó que Paula era más tímida de lo que erróneamente había supuesto. Incluso se dijo que aquella muchacha poseía un corazón palpitante, un espíritu abierto, moderno...

«Sí... Será fácil ganarme sus simpatías», añadió el ex viajante para sus adentros.

CAPÍTULO IV

Cenaron.

—Una cena improvisada —había dicho ella.

Improvisación a base de caviar y salmón para empezar, faisán trufado, truchas y

rost-beaf

. Todo ello regado con jerez, vino de reserva y coñac extraído de una botella centenaria de la bodega de la casa.

Aquéel era el ambiente de Brent. El había nacido para moverse entre platos exquisitos y bebidas propias de paladares refinados.

Por otra parte estaba Paula. Bella y excelente anfitriona. Era el complemento ideal.

La estaba mirando con tal deleite que ella tuvo que decir:

—Bueno... Si prefiere que pasemos al saloncito... Es más íntimo. Más acogedor y observo que usted es un amante de las cosas acogedoras.

—¿Cómo lo ha adivinado? —murmuró él.

—Se le nota hogareño. Le agrada vivir en familia.

—Es usted muy observadora.

—Es usted un libro abierto, Brent.

«¿Un libro abierto? —pensó él—. Ojalá no adivine que sólo soy un impostor... ¿O lo habrá adivinado ya?».

—Brent —murmuró ella sentándose en el suelo sobre la mullida alfombra y frente al fuego—. Usted debe parecerse mucho a su tío... Yo no había visto ni siquiera una foto suya, ni mi tía me habló de usted jamás... Esto no importa. Pero está usted aquí. Vino a cumplir un encargo y el destino ha hecho que nos conociéramos... Si... Debe usted parecerse a su tío. Mi tía se enamoró de él como una colegiala. Decía siempre que jamás podría existir un hombre como

Raúl... Y yo... sin apenas darme cuenta me enamoré también de Raúl.

—¿Eh?

—Pero mi Raúl era más joven... Era... Como usted, Brent... Por eso comprendo a mi tía.

Brent estaba anonadado. Aquello era mucho más de lo que hubiera podido soñar. Flotaba entre nubes de algodón. Todo le parecía irreal, increíble, y sin embargo, estaba sucediendo.

Se había propuesto hacer una tentativa cerca de la muchacha. Pensó en el dinero. Única y exclusivamente en el dinero. El vino no le permitió calcular demasiado los riesgos. Era sólo una prueba, una contingencia en la que se exponía a salir despedido con cajas destempladas; y de repente...

De repente... se encontraba ante una muchacha maravillosa en la que el luto era un atributo más a su belleza natural. Y por ende aquella maravillosa mujer estaba a sus pies. Le confesaba poco más o menos que empezaba a enamorarse de él. ¿Qué más quería?

«No puede ser... Debo de estar soñando... o aquí hay algo extraño...».

Pero... ¿Qué podía haber? Estaban los dos solos. Ella había cuidado de todo. Había servido una cena exquisita. Ahora le obsequiaba con su compañía, con sus palabras. Todo ante un fuego acogedor, en una casa que era un castillo, con un coñac que no lo hubiera bebido ni por cinco libras. ¡Cielos! ¿Dónde estaba la trampa?

—¿En qué piensa, Brent? —le interrumpió la voz suave y cálida de la muchacha, que le servía una nueva ración de aquel caldo de reyes.

—Pienso en lo mismo que usted, Paula.

—¿Yo?

—Sí. En mi tío.

—Una pena que lo mataran, Brent... ¿No cree?

—Claro, claro... El y su tía de usted hubieran sido muy felices...

—A lo mejor usted y yo no nos habríamos conocido. ¡Oh! Pobre tía Pamela. Esto parece un insulto.

—¡Oh no! La comprendo perfectamente.

—Sí, Brent. Tengo la sensación de que es usted una persona muy comprensiva.

Brent sentía la voz casi junto a su oreja, mientras ella examinaba la magnífica botella de caldo francés.

Una voz cálida y tímida, propia de la muchacha ansiosa de vivir... Y la mano de Paula descansó en el borde de la butaca.

—Brent... El Destino le ha traído a esta casa.

El no pudo resistir la tentación de rozar aquella mano suave, pálida...

—Querida... Querida Paula. Es maravilloso sentirla junto a mí...

Sintió odio hacia sí mismo por haberla mentido. A una muchacha como aquélla había que decirle la verdad. Gritarle con toda el alma... «Me gustas, Paula. Me gustarías aunque fueras pobre, aunque ambos nos encontráramos bajo un puente sin unos peniques para morder un bocadillo de salchichas...».

Pero... ¿Cómo reaccionaría ella?

Se levantó. Estaba molesto de que su gran aventura hubiera empezado con el engaño.

Ella estaba en pie junto a él. Le miraba con devoción.

«Soy un estúpido... un romántico. Por eso jamás he tenido dinero. Una vez que tengo una oportunidad ya estoy arrepentido... Demasiado sentimental. Los ricos no pueden tener sentimientos. Van a lo suyo».

—Brent... —susurró la voz cadenciosa de Paula. Era como una caricia—. Creo que yo también me siento muy dichosa de haberle podido proporcionar una grata velada... ¿Se quedará, verdad?

—Paula, yo... —¡Quedarse! ¡Claro que deseaba quedarse! Pero era tan fácil todo y ella tan confiada...

—No diga nada, Brent... consúltelo con la almohada. Mañana a la luz del día hablaremos. Hoy es tarde ya.

¡Tarde! ¡Pero si la noche estaba empezando! Y él deseaba pasar horas junto a la encantadora Paula. Deseaba...

—Quédese si lo desea... Yo debo descansar. Es una recomendación del médico.

—¡Al diablo los médicos! —Brent no pudo dominar la exclamación—. La noche es nuestra, Paula, y...

Estaba ella tan cerca, tan cerca...

El único hombre capaz de contenerse hubiera tenido que ser de piedra. ¡La besó!

Paula no hizo nada para impedirlo. Se entregó. Dejó que él la

abrazara, que la apretara entre sus brazos y correspondió con sus labios a la caricia del hombre.

Brent la soltó exhausto. Ella tuvo igualmente que recobrar la respiración.

Y Brent volvió a la carga. Aquella boca le obsesionaba, ¡y a ella parecía agradarle tanto!

Por fin se separaron. Jadeantes.

—Paula, yo...

Ella sonrió dulcemente y murmuró:

—Buenas noches, Brent.

Y vio como ella desaparecía, frágil, graciosa, erguida...

Subió la escalera y ya no volvió a verla.

—¡Paula! —exclamó.

Pero no apareció.

—¡Cielos! He perdido la cabeza.

Deseaba seguir junto a ella. Prolongar aquel beso... Prolongar una larga y agotadora escena de amor.

—¡Dios mío! —Miró alrededor. Había quedado dueño absoluto de una casa con todo a su disposición.

Observó cuadros de firmas de incalculable valor... Los candelabros de plata, auténticas joyas labradas. Estanterías con impresionantes objetos de precio, obras de arte, la tapicería... todo era como un museo donde se exponían las piezas con el más exquisito gusto. ¡Aquello valía una auténtica fortuna!

Y le había dejado solo allí porque Paula confiaba en él. ¡Estaba enamorada!

—¡Soy un canalla! —exclamó Brent y optó por tomar una nueva ración de coñac—. ¡Un canalla! —repitió tras el sorbo y se sirvió otro—. ¡Esto es estupendo!

Sólo en la casa. Ella se había retirado a sus habitaciones. Le había dejado, pidiéndole que se quedara, lo cual incluía no sólo una noche más, sino muchas más noches.

—Las mil y una noches... y una mentira. ¡Todo por una mentira! Tomó otro coñac.

El vino del guardián del cementerio, la cena con el jerez y más vino y ahora ese coñac...

—Espero encontrar mi habitación —se dijo.

La encontró y muy a pesar suyo se fue a dormir. Y soñó con

aquella maravillosa mujer. Con Paula.

Soñó y esperó ansioso la hora de verla de nuevo.

CAPÍTULO V

—¡Está muerta, desde luego! —exclamó el doctor Stanley observando el cuerpo de una mujer enlutada de unos veinticinco años aproximadamente.

—¡Vaya un descubrimiento! —bramó el veterano sargento—. ¡Claro que está muerta! Pero... ¿A qué hora?

El médico miró con ojos soñolientos al policía.

—Lo que nos interesa saber es la hora, doctor... Las causas ya nos las dirá usted después de la autopsia... Ahora determine la hora, si puede, y denos una impresión general...

—¿Cómo diablos voy a determinar la hora? —exclamó enojado el forense—. Yo no tengo costumbre, a Dios gracias... Hummm... Sin embargo... No hace más de dos horas que ha muerto. En cuanto a las causas... Un golpe. En principio no aprecio ninguna otra muestra de violencia. Tiene un golpe inciso en la cabeza, cerca de la nuca. Le pegaron con un objeto contundente y punzante.

—¡Con esto! —sonrió el sargento indicando un atizador cercano a la chimenea.

—Es posible, es posible —exclamó el doctor, yendo a meter mano en el objeto, lo cual impidió el agente.

—¡Cuidado! Las huellas...

Y el sargento murmuró algo referente a los viejos médicos del servicio demasiado aficionados a la tranquilidad.

—Bueno... Que se lleven el cadáver. Ahora quiero hablar con el individuo ese. ¿Sigue durmiendo? —preguntó a continuación.

Otro *policeman*, situado junto a la escalera, asintió.

—Ronca que es un encanto —repuso.

Naturalmente el escenario de los hechos era la casa de Paula Stavessy. El lugar donde encontraron a la mujer joven y enlutada

era cerca de la chimenea-hogar del pequeño salón.

En la mesita todavía estaba la botella del buen coñac francés de gran reserva con lo poco que Brent había dejado. Estaba también su vaso con las huellas que en el mismo marcaron sus dedos.

Más allá estaba el comedor, con los platos y restos de comida. La botella del vino con su cestita, las copas utilizadas, la botella de jerez... todo igual que la noche anterior.

El reloj marcaba las siete de la mañana. El día amanecía nublado, aunque la verdad es que estaba bastante oscuro todavía, y el que dormía era Brent, que fue despertado bruscamente.

El atento *policeman*, el tercero y último de la brigada le despertó lo más suavemente que pudo.

—Lo siento, señor. El sargento desea hacerle unas preguntas.

—¿El sargento? ¿Qué sargento? —Brent no sabía exactamente ni dónde se hallaba. La cabeza le daba martillazos y extrañaba incluso la habitación.

—¡Vamos, señor! ¡Se ha cometido un crimen!

—¿Un crimen? Pero... —reflexionó. Por fin comenzaba a tomar conciencia... El pueblo, su trabajo, la lluvia, la niebla, el cementerio, la muchacha...—. ¡Oh! Ya me parecía a mí que todo había sido una pesadilla.

—¿Cómo dice? —preguntó el policía.

Entonces Brent reaccionó por completo.

—¿Un crimen? ¿Ha dicho un crimen?

Saltó de la cama como si se incendiasen las sábanas.

—Sí, señor.

—¿Y quién... quién es la víctima? —preguntó, con los ojos muy abiertos y temiendo la respuesta.

—La señorita Paula Stavessy —informó el agente.

Brent no replicó. Pero en su interior pensó: «Tenía que suceder... Algo así tenía que ocurrir».

Una vez más la desgracia le perseguía, aunque... ¿Por qué habían tenido que asesinar a Paula... y precisamente aquella noche?

CAPÍTULO VI

El sargento preguntó por décima vez:

—¿Por qué vino usted a esta casa?

—Ya se lo he dicho, sargento. Se lo he repetido una docena de veces...

—Ahora será la decimotercera vez, señor.

—Está bien, está bien... Soy viajante de comercio. Llovía y pedí refugio. La señorita de la casa me invitó a cenar y acepté.

Claro que no pretendía decir toda la verdad. Mal estaban ya las cosas para que las empeorara con una declaración auténtica que a muchos hubiese podido parecer absurda y además culpable.

—¿Y no le pareció extraño?

—¿Extraño?

—¡Sí! —bramó el sargento—. Usted, un desconocido, llama a la última casa que a una persona normal se le hubiera ocurrido ir a pedir ayuda. Le abre la Paula Stavessy en persona y le ofrece una opípara cena... ¿Esto le parece normal?

A Brent aun le dolía la cabeza por lo bebido el día anterior.

—No lo sé. No soy de aquí. Llame a Londres. Le he dado las señas de la casa por la que trabajo. Pregunte por Sheffield...

—¡A su tiempo!

—Yo le he dicho lo que sé... ¡Por favor! ¿Cree que si hubiera matado a esa pobre muchacha me habría ido a la cama tan tranquilo?

—Debió beber mucho anoche... La juerga duró hasta la madrugada. El sueño es algo que no se puede vencer.

—¿Y por qué supone que maté a esa chica? ¡Vamos, sargento! Es absurdo. Si el móvil fuera el robo, habría tomado todo lo que de valor hay en la casa y me habría largado. ¿No es lo lógico?

—No lo sé. Pero lo averiguaré, señor.

—Brent Soylen —recordó el encartado.

Un agente interrumpió para decir algo al oído del sargento que enseguida murmuró:

—¡Ah! Los testigos Bueno, que pasen. Tendremos un careo. Quiero aclarar esto por mí mismo. No ocurren hechos como el presente en nuestro pueblo. El Yard no tendrá que molestarse. Yo lo averiguaré.

—Aun a costa de acusar a un inocente —sonrió Brent—. ¡Vamos, sargento, no quiero menospreciar su sagacidad...! Admito que pueda parecer extraño lo ocurrido y yo soy el primero en lamentarlo... La señorita Stavessy era realmente muy simpática y fue muy amable conmigo. Es absurdo pensar que yo pudiera...

Se detuvo sin terminar la frase al ver ante sí la figura del guarda del cementerio.

—¡Ah! —exclamó Brent, ya que por un lado_ aquel hombre podía ayudarle, pero, según como, también podía hundirle.

Le hundió.

—Sí. Es el mismo. Estuvo haciéndome muchas preguntas acerca de la señorita Stavessy. Demasiadas diría: yo.

—¡Pero si fue él quien empezó a hablarme de esa familia...! —protestó Brent.

El guardián se despachó a gusto.

—Quiso saber todo...

Habló del novio de la vieja Pamela Stavessy. Habló de todo... pero en un tono marcadamente acusativo para Brent.

—¡Falso! Yo no tenía ninguna intención de... —protestó Brent y el sargento atajó:

—¿Ninguna intención de qué, señor Brent Soylen?

Y Brent calló. Necesitaba reflexionar. Decir algo convincente. Y temía delatarse a sí mismo, confesar sus verdaderas intenciones.

—El empezó a hablarme de los Stavessy. Llovía, había niebla. Yo le escuché, pero no tenía ningún interés especial por esa familia. Jamás había oído hablar de ellos. Ésa es la verdad.

El guardián repuso:

—Yo no sé si tenía interés o no, pero fue a visitar la tumba. Me preguntó cosas acerca de la familia. Yo digo lo que sé. —Se encogió de hombros como no queriéndole dar mayor importancia.

Luego el sargento indicó al guardián que se retirase y preguntó a Brent:

—¿Por qué entró usted en el cementerio?

—Llovía. Ya se lo dije.

—Y vio usted a Paula Stavessy entrar y depositar unas flores. Eso lo ha dicho el guardián. ¿Quiere que le vuelva a llamar?

—¡No, por Dios! Vi llegar a esa señorita y el guardián me habló de ella. ¡Es la primera vez que vengo aquí! Puede comprobarlo.

Un agente se acercó de nuevo para murmurar algo al sargento que tras oírle musitó:

—Hummm... Es una contrariedad. Bien... De momento nada más. ¿Cuánto tiempo piensa quedarse aquí, señor Soylent?

—¡Ni un minuto más! Regresaré a Londres. Diré a mi amigo Sheffield que busque a otra persona para vender sus cinturones de piel. Ya no me gustó ese pueblo en cuanto me apeé del tren.

—¿Qué le pasa a nuestro pueblo, señor Soylent? —inquirió el sargento visiblemente molesto.

—¡No hay taxis en la estación!

—Pues_ bien, señor. Hemos hecho indagaciones. Su jefe el señor Sheffield no se encuentra en Londres en estos momentos. Tengo que rogarle, pues, que permanezca aquí...

—¿Dónde?

—En este pueblo que tan poco le gusta. Si no quiere hospedarse en el hostel, tendrá que hacerlo como invitado del Gobierno...

—¿Va usted a detenerme?

—A retenerle simplemente. La ley me autoriza a ello. Pero prefiero dejarle en libertad, mientras no se ausente de la villa. Puede elegir.

—Esto no me parece muy correcto.

—Despertó usted en una casa en la que se había cometido un crimen. Y era usted totalmente ajeno a ella. Creo que está bien claro.

—¿Se me considera entonces sospechoso de asesinato?

—Sí, señor Soylent. Es usted sospechoso, como lo sería cualquier otra persona que hubiese estado en la casa.

—Otras personas la frecuentan. Pregunte al del cementerio. El me lo dijo... Asistentas... las que hacen la limpieza los viernes, por ejemplo.

—Hoy estamos a miércoles, señor Soylen.

—¿Y qué? Deben tener llaves, ¿no? Además... ¿Cómo demonios se enteraron ustedes de la muerte de la señorita Stavessy?

—¡Ah! ¿No lo sabía usted? Nos llamó el asesino. Dijo que se llamaba Brent Soylen... ¿Tiene algo que añadir, señor?

CAPÍTULO VII

El depósito de la pequeña localidad se reducía a una diminuta estancia que hacía las veces de laboratorio. Una habitación simple y sencilla, donde el doctor, más despejado ya, manifestó:

—En concreto murió sobre las cinco de la madrugada. El fallecimiento se produjo a consecuencia del golpe producido por un objeto contundente. La víctima llevaba algún tiempo sin probar alimentos sólidos. No hubo lucha. ¡Ah! El golpe le fue dado por la espalda. Un brazo fuerte. Un solo golpe bastó para acabar con ella. Es definitivo. ¿Algo más?

El sargento negó con la cabeza. Luego, con una seña, hizo que el par de agentes introdujeran a Brent en la habitación.

El médico le miró de pies a cabeza como si considerara su corpulencia.

Brent se quejaba:

—¿Cómo pude llamar yo por teléfono...? ¡Es falso, sargento! Tuvo que ser otra persona que utilizó mi nombre.

—¿Dio usted su nombre a otra persona? —indagó el sargento casi en el umbral de la puerta por la que iba a pasar Brent.

—No...

—¿Quién sabía que se hallaba usted en casa de la señorita Stavessy?

—¡Nadie! Ya le dije que fue casual —protestó Brent.

—Pues en la llamada se nos facilitó su nombre. Alguien debía saber cómo se llamaba usted.

—Aquí no lo sabía nadie. No lo dije siquiera al guardián del cementerio, que fue la primera y única persona que me habló de Paula Stavessy.

El sargento puso cara de escéptico e indicó con un ademán a

Brent que pasara.

—Tiene que identificar el cadáver.

—Si es Paula Stavessy... ¿Por qué quiere que la identifique?

—¡Mera rutina!

—¡Claro! Esperan que haga algún gesto... que algún tic me delate... Dicen que los asesinos reaccionan de forma determinada cuando están de nuevo ante su víctima. ¡Oh, sargento! Está usted equivocado de todas todas... ¿Comprende? Yo sólo hablé unas horas con esa pobre muchacha. Era muy amable. Me ofreció una buena cena y un excelente coñac... Le juro que no tenía el menor motivo para asesinarla. ¡Dios! ¿Cómo podría convencerle?

El sargento le observaba impertérrito. Estudiaba sus gestos con atención, como si pretendiera leer sus pensamientos, adivinar lo que Brent no decía.

—¿Insiste usted en que no había visto jamás a Paula Stavessy antes de ayer a las seis y media de la tarde? Ésa es la hora que usted ha declarado...

—Más o menos, sargento, era esa hora cuando llamé a su casa.

—¿Para guarecerse de la lluvia?

—Sí.

—¿Y usted no la mató?

—¡No! Lo juro.

—Bien. Acérquese.

El sargento estaba junto a la mesa alargada donde, cubierta con un lienzo, se hallaba la muchacha.

Brent tragó saliva. No le gustaba nada todo aquello. No quería verse mezclado en un crimen y deseaba salir cuanto antes de aquella pesadilla en la que nada tenía que ver. Si algo se reprochaba era el haberse metido en ella libremente...

«¿Por qué diablos se me ocurrió ese maldito plan? Todo tenía que salirme mal... como siempre... Era demasiado bonito para ser realidad...».

El sargento aguardaba firme junto a la cabecera de la muerta con la mano junto al lienzo que la cubría.

Alguien interrumpió.

—¡Oh, sí! —exclamó el suboficial de la policía—. ¡Adelante!

Le habían anunciado la presencia de una determinada persona. Otro testigo.

Brent quedó estupefacto al ver a un hombrecillo mal vestido, con aspecto de vagabundo.

—¿Tienes algo que decir, Clement? —inquirió el sargento con acento grave.

—¡Oh sí, señor! Es él... —Y el hombrecillo señaló a Brent con el índice.

—¿Soy yo? ¿Quién...? —inquirió el aludido.

—Usted cállese —repuso el policía—. Sigue, Clement. ¿Dónde le viste?

—Merodeando por la casa. Estoy seguro. Pasó un par de veces por delante como si no se decidiera a entrar. Luego le vi tomar el sendero. No puedo equivocarme, era él. Llevaba un maletín y una gabardina color *beige* claro.

Brent estaba sorprendido. No se había dado cuenta de que alguien le observaba cuando se decidió a meterse por el sendero. Pensó que, en efecto, había vacilado antes de entrar, pero ¿qué podía probar eso?

—¡Claro que vacilé! —espetó Brent—. Llovía. Y no tengo por costumbre meterme en casas ajenas. Pero aquello era un desierto.

El vagabundo rectificó.

—Entonces no llovía, sargento. Si lo hubiese hecho yo no me hubiera encontrado allí. Cuando llueve me refugio. Se lo aseguro.

—¿Se da usted cuenta, señor Soylent? Ese individuo dice que no llovía. Lo que usted ha dicho sobre la lluvia no es exacto. ¿Lo reconoce?

Brent se enfureció. El vagabundo tenía razón, pero...

—¿Y qué? Yo digo que llovía. ¿Es que vale menos mi palabra que la de ese especie de vagabundo oficial?

—¡Me está insultando, sargento! —protestó el hombrecillo.

—Bien, Clement, puedes retirarte —repuso el sargento.

—¿Por qué se empeña en acusarme? Admito que mi situación no es muy clara, pero yo no tenía motivos para matar a esa muchacha. ¡Ya se lo he dicho!

El sargento le hizo una seña.

—Vamos. Identifíquela.

Brent asintió. Era el último paso. Por lo menos le dejarían libre algún tiempo y podría hablar con Sheffield. Le localizaría donde fuera y él podría ayudarle en todo aquel jaleo...

Se aproximó a la mesa. El sargento retiró parte del lienzo que ocultaba el cuerpo de la víctima.

—Mírela —exigió el policía.

Brent observó el rostro de la muerta y repentinamente sus ojos se desorbitaron.

Al sargento no le pasó inadvertido el detalle que reflejaba un completo confucionismo por parte de Brent.

Y éste negó con la cabeza.

—No... No es posible —balbuceó.

—¿Qué es lo que no es posible? —inquirió el sargento amoscado.

—Esa muchacha... ¡Cielos! No es la misma.

—¿Qué quiere decir? —insistió el policía cada vez más perplejo ante la actitud de Brent.

—Que no es Paula Stavessy —aseguró el sospechoso.

—¿Cómo? Conozco perfectamente a Paula Stavessy, señor. Y puedo asegurarle que es ella —afirmó el sargento en tono autoritario y seguro.

Pero Brent siguió en sus trece.

—No, señor... Insisto en que ésta no es... —Se detuvo y rectificó—. Quiero decir que ésta no es la muchacha que me abrió la puerta, que me proporcionó una succulenta cena y que... que yo besé... Le doy mi palabra; sargento. Es la primera vez que veo a esta mujer. No es ella. No es la joven con la que yo estuve anoche.

CAPÍTULO VIII

¿Si Paula Stavessy, no era la muchacha dulce y enamorada que Brent había conocido la noche anterior, quién, era, pues, aquella muchacha que él vio en el cementerio y que luego le había abierto la puerta y convivido juntos durante unas maravillosas horas?

¿Quién podía ser aquella chica?

Brent trataba de dar con una explicación mientras se hallaba en el hostel de la localidad donde había alquilado una habitación, más que por la indicación del sargento, por un afán propio de averiguar la verdad.

La curiosidad pudo más que su deseo de verse libre de sospechas. Allí había algo extraño, sumamente raro. Algo que le hacía considerarse como víctima de una maquinación.

—¡El guardián del cementerio! El me habló de Paula Stavessy y me indujo de forma velada a que yo...

Detuvo sus pensamientos en voz alta y rectificó. Reconsideró su acusación.

—Cierto, sí... El guardián me habló de la muchacha, pero no me indujo a nada. Fui yo... Y él no podía saber mi situación, ni mis ideas, ni podía sospechar de lo que yo sería capaz. ¡Es absurdo!

Absurdo o no, lo cierto es que alguien había matado a la auténtica Paula Stavessy y que él había pasado la noche en aquella casa con otra muchacha que usurpó el nombre de Paula.

—¡Cielos! —exclamó—. El forense dijo que había muerto hacia las cinco de la madrugada, y yo estuve hasta las diez con la «otra»... Lo cual quiere decir que la verdadera Paula seguía viva... ¿Dónde diablos estaba mientras yo cenaba y bebía tranquilamente?

Pensó también que debieron asesinarla mientras él dormía plácidamente. Y sintió un escalofrío.

—Es una historia de locos.

Sí. Pero real y se sentía involucrado en ella.

Reconsideró nuevamente la intervención del guardián... ¡Y la de la falsa Paula!

—Porque yo vi a esa muchacha en el cementerio...

Se preguntó una y cien veces quién diablos podía ser aquella chica.

—Bueno... una cómplice, claro. Una cómplice del asesino... O la propia asesina. Me utilizaron como cebo.

Pero una vez más le parecía absurdo. ¿Cómo podían utilizarlo como tal si ni siquiera sabía que iría a aquella casa?

Y hecho un lío, añadió a sus pensamientos:

—¿Pero quiénes podían haberme elegido a mí, si entré en ese cementerio de la forma más casual?

Llegó a una conclusión.

—Fue una casualidad. Alguien mató a la chica simplemente... sin contar conmigo. ¡El vagabundo tal vez...!

Y de nuevo desistió de la idea porque...

—Pero... Esa chica que simuló ser Paula. ¿Qué significaba? ¿O acaso fingió, creyendo que yo era de veras el sobrino del gran amor de la vieja?

Eso ya le pareció más correcto.

—¡Claro! Yo llegué en un momento inoportuno y la chica, la falsa Paula, fingió... ¡Ahora lo tengo! ¡Debo ver al sargento!

Salió a la calle, pero lo pensó mejor.

—No... No quiero decirle la verdad de mis intenciones al sargento. Algunos policías son demasiado obtusos. Se obstinan en ver misterios donde todo está claro y transparente. Al fin y al cabo si yo entré allí fue por probar fortuna. Allí había dinero. Yo inventaba una historia y procuraba hacerme simpático a la chica... Podía llegar a casarme con ella y tener riquezas...

Y Brent se avergonzó de sus propias intenciones.

—Debió ser el vino el que me hizo actuar de esa manera. Yo jamás he imaginado vivir de una mujer... —Y pensando en el vino, volvió a recordar al guardián del cementerio.

Por eso sus pasos le encaminaron hacia aquel tétrico lugar.

Pero el guardián no estaba. Ya se lo había dicho la tarde anterior. Por la mañana se marcharía. La tarde anterior, por tanto,

había sido la última de su servicio.

El nuevo guardián le saludó:

—¿Busca algo?

—A su antecesor. Supongo que ya no estará aquí... —murmuró Brent mirando alrededor.

—No. Yo he empezado mi servicio a las ocho. Charles ya no está. ¿Le conocía usted?

—No mucho. Ayer le vi por primera vez. Estuve aquí guareciéndome de la lluvia.

—¡Ah! Usted es el que encontraron en casa de la Stavessy. ¿Eh? —inquirió el nuevo guardián.

A Brent le molestó ser identificado.

—Sí. Ésa es mi desgracia. Pero no tengo nada que ver.

—Eso no es cosa mía, señor. ¿Puedo servirle en algo?

—No, por supuesto. —Y Brent se volvió para observar la cercana tumba de la Stavessy. Se aproximó a ella. El nuevo guardián le observó silencioso.

Brent volvió a mirar los retratos de la vieja y de Raúl Sebastián y de repente le recordó algo o a alguien. Fue un pensamiento fugaz o quizá una sensación. Una de esas percepciones que a veces se sienten sin obedecer a causas concretas, como quien cree haber estado en un lugar que ve por primera vez.

—Es como para volverse loco —murmuró y dejó el cementerio.

El nuevo, guardián se encogió de hombros y se alejó a dar su rutinario paseo, mientras Brent, fuera del recinto de la necrópolis, contempló el paisaje gris, nebuloso, amenazando nuevas lluvias y posibles neblinas.

Era grandioso y triste a la vez. Sobrecojía el ánimo porque resultaba abrumadoramente pesado.

—No debo ser hombre de campo. Prefiero los luminosos de la ciudad, el bullicio...

Iba a seguir su camino, sin rumbo, pero algo le contuvo y le retuvo. Fue la figura enlutada.

Una figura frágil, ligera, que en aquel momento, a escasa distancia, entraba por la puerta del cementerio.

Brent quedó paralizado. Aquella muchacha era...

—¡Paula! —exclamó.

La figura desapareció tras la puerta y Brent se dijo que no podía

ser Paula Stavessy, puesto que estaba muerta, pero en cambio sí podía tratarse de la muchacha que se hizo pasar por aquélla la noche anterior: la falsa Paula Stavessy.

Corrió tras ella y la llamó otra vez.

Penetró nuevamente en el cementerio y trató de localizarla, pero la figura menuda y frágil había desaparecido.

Miró en todas direcciones pero no logró dar con el menor rastro de la muchacha. El guardián tampoco estaba allí, por lo que sólo él la había visto entrar.

Aceleró el paso tratando de alcanzarla en algún lugar.

No. No la vio por ningún lado. Sólo estaban las tumbas cubiertas con sus marmóreas lápidas y ese aroma inconfundible de las necrópolis. No había nada más.

—¡La he visto! —exclamó Brent para sus adentros, pero tuvo que retroceder después de comprobar que «ella» no estaba allí—. No ha sido una visión —se repetía, mientras se acercaba nuevamente hacia la salida.

Y fue entonces cuando la divisó por segunda vez. Estaba junto a la caseta del guardián. Bajo la marquesina donde él se había refugiado la tarde anterior durante la lluvia.

Corrió hacia ella. Quería alcanzarla, verla cerca, mirarla al rostro y decirla...

—¡Paula! —gritó.

Ella estaba vuelta de espaldas, cara a la entrada de la caseta.

—¡Paula! —gritó de nuevo, ya muy cerca de la muchacha, que lentamente se volvió—. Pau...

No. No era Paula. Vista de espalda se prestaba a la confusión, pero ya de cara, Brent tuvo que disculparse por su error.

—Lo siento... Me... confundí —murmuró.

La muchacha le miró largamente. Era joven, hermosa, de ojos tan grandes como los de Paula —o los de la «Paula» que él había conocido— pero de distinto color, más vivos, más alegres. El pelo sí era parecido, pero en otra tonalidad. Incluso la forma de peinarse también era completamente distinta.

¿Cómo había podido confundirla?

Era la obsesión. Una muchacha le había engañado, haciéndole creer que era una persona distinta. Se había burlado de él. Pero... ¿Con qué objeto? ¿Cargarle el crimen? Era absurdo. Si a la

auténtica Paula la mataron con el atizador de la chimenea, allí jamás encontrarían sus huellas.

Además, él podía probar que era un vendedor. Un vendedor de circunstancias, pero vendedor al fin, que había llegado hasta aquel pueblo de mala muerte con el fin de colocar alguna mercancía, y que ni siquiera había oído nombrar nunca a Paula, ni sabía nada de nada de aquella extraña familia.

No... El motivo debía ser otro, a menos que todo se tratara de una casualidad.

Así, una y otra vez iba dando vueltas en aquel círculo vicioso. Se hallaba en plena carretera, sin pensar siquiera en su trabajo, que ahora le parecía absolutamente secundario.

Apenas advirtió el automóvil que se aproximaba. Iba absorto en sus pensamientos.

El coche se le echaba materialmente encima y tuvo que tocar el claxon para que Brent reaccionara.

—¡Oh! —exclamó apartándose.

El coche pasó como una exhalación y Brent fugazmente vio al conductor. Era una mujer.

—¡Es ella! —exclamó.

Aquella vez estaba seguro de no equivocarse. La persona que conducía el automóvil era Paula. La mujer que él había conocido como Paula Stavessy.

—¡Paula! —gritó inútilmente.

Naturalmente el automóvil no se detuvo, pero él había podido tomar nota del número de la matrícula.

CAPÍTULO IX

El orondo y campechano sargento Carpenter tomó nota personalmente del número que acababa de facilitarle Brent.

—Enseguida sabremos si el coche pertenece a alguien de la localidad —dijo pasando la anotación a uno de sus subordinados, en el pequeño puesto policial del lugar.

—Ya sé que todo esto puede parecerle muy extraño, sargento, pero en cuanto consigan localizar a esa chica estoy convencido de que el misterio quedará resuelto —dijo Brent.

El sargento miró largamente a su interlocutor y acabó murmurando:

—Me pregunto si ha dicho usted toda la verdad, señor.

—¡Claro que se la he dicho! —protestó Brent.

—Vendrán los de Yard. ¿Sabe? Es inevitable. Le harán preguntas. Puede que sean más hábiles que yo.

—Usted quisiera que le hiciera un favor confesándome culpable —bromeó Brent.

—Me conformaría con que me ayudara.

—De buen grado lo haría. Y lo he hecho ya facilitándole los datos de ese coche. Averigüe a quién pertenece.

El agente regresó con la nota que el sargento le había facilitado y le murmuró unas palabras al oído. El suboficial pegó un brinco:

—¿Está seguro? —inquirió poniéndose en pie.

—Completamente, señor.

—Bien. Voy a echar un vistazo.

—¿Le acompaño? —preguntó el agente.

—De momento no.

—¿Qué pasa? —preguntó Brent.

—El número de la matrícula que usted anotó pertenece a uno de

los automóviles de Paula Stavessy. Voy a los almacenes a hacer unas averiguaciones.

—¿Puedo acompañarle?

—Hágalo si quiere, pero no intervenga para nada. ¿De acuerdo?

—Desde luego, sargento.

Poco después el policía y Brent se hallaban en los almacenes más importantes de la ciudad. Era una casa antigua, con una planta baja enorme, que era utilizada para el comercio. Todo tenía aspecto arcaico, con un sabor de algo caduco, fuera de época. La misma dependencia, un par de viejas y un hombre maduro que cuidaba de la caja y usaba manguitos, constituían una prueba más del paso del tiempo. Allí nada se había renovado, pero la clientela seguía comprando. La gente del pueblo en realidad era también vieja. La juventud brillaba por su ausencia en la localidad. Formaba todo una especie de conjunto donde los relojes se hubiesen detenido bastantes décadas atrás.

El sargento aguardó a que la última cliente, un tanto remolona, hubiese desaparecido, para preguntar a las dos empleadas:

—¿Saben si la difunta propietaria había prestado alguno de sus coches a alguien?

Las dos mujeres se miraron extrañadas, pero ninguna de ellas contestó:

—Bueno. ¿Lo saben o no lo saben? —preguntó con insistencia el sargento por segunda vez.

Se encogieron de hombros estúpidamente y el policía se volvió al viejo de los manguitos que, tras el ventanuco de la caja, miraba por encima de sus no menos achacosas gafas encaramadas a la nariz:

—¿Y usted?

—Perdone. No he sentido nada... El oído. ¿Sabe? Por este lado, por favor —y se volvió hacia la derecha para que el sargento le hablara cerca de la oreja izquierda.

—Quiero saber si la señorita Stavessy prestó a alguien uno de sus coches. Exactamente el que lleva ese número —y le dio la nota que antes había tomado.

—¡Oh! —exclamó el cajero observando atentamente el papel—. Ya comprendo... Usted no sabe nada, sargento.

—¿Qué es lo que debo saber?

—Bueno, ejem... Ese coche ya no figuraba entre las pertenencias de la señorita Stavessy; lo había vendido hacía poco tiempo.

—¿Vendido?

—Sí. La señorita Stavessy se desprendió de varias cosas. Me pidió que no hablara de ello con nadie, pero ahora ya está muerta y... supongo que se sabrá igualmente. Además, no estaría bien ocultar una cosa así a la policía.

—Sea más explícito, señor Morgan...

—Bueno. En lo referente al coche pues... lo vendió, ya se lo he dicho.

—¿A quién?

—Bueno... Los documentos están en la caja y...

—Ábrala. Usted es el cajero. ¿Verdad, señor Morgan?

Brent seguía en silencio las explicaciones de aquel hombre que, junto con las dependientas y la casa, parecía extraído de una novela policíaca del más viejo estilo.

—¡No es necesario! Recuerdo perfectamente el nombre del comprador: Raúl Sebastián.

Brent iba a lanzar una exclamación de asombro, pero el policía se le anticipó:

—Ese nombre me suena.

—¡Ha muerto! —exclamó Brent sin poderse contener—. Su retrato está en el cementerio. En la tumba de la tía de Paula.

—¿Muerto? —inquirió el empleado, mirando estúpidamente a Brent.

—Claro que está muerto —insistió el joven.

—¡Un momento! —atajó el sargento.

—¿Conoce usted a Raúl Sebastián?

—No, señor. Pero dudo mucho de que la señorita Stavessy vendiera parte de sus propiedades a un muerto. Era muy ordenada. Lo preveía todo.

—¿Parte de sus propiedades? —preguntó el sargento.

El hombre asintió.

—Sí... Supongo que el notario de la señorita debe tener una copia de todo. En fin. No es asunto mío. La señorita Stavessy no tenía herederos, pero había hecho testamento. Su notario es el señor Byrnes, de Bristol.

Byrnes & Byrnes.

El sargento tomó nota y preguntó:

—¿Qué más había vendido la señorita Stavessy?

—¡Oh! Todo... Se quedó únicamente con la tienda. Dijo que cuando ella faltara quedaría para los que hemos cuidado siempre de ella... De las ventas, quiero decir. En fin... No sé si lo tendrá dispuesto así en el testamento, pero fue lo que ella nos prometió no hace mucho tiempo. «La tienda será para ustedes», dijo.

—¿Y el resto de sus propiedades las vendió a ese Raúl Sebastián? —inquirió el sargento, frunciendo el ceño.

—Eso es...

—¡Le digo que se trata de un muerto! —insistió Brent.

—¡Sí! Ya lo he oído... Y deje de intervenir en la conversación. Éste es un asunto oficial y grave, y no olvide que usted está implicado...

Se volvió hacia el cajero y añadió:

—¿Tiene algo más que añadir?

—No, sargento Carpenter... Sólo que es muy lamentable lo que ha ocurrido... No... Nosotros hubiéramos querido cerrar la tienda, pero teníamos instrucciones de no hacerlo si llegaba este momento.

Y ante la mirada interrogadora del policía, el viejo de los manguitos añadió:

—Ya le he dicho que la señorita Paula era muy ordenada. Todo lo tenía previsto... La tienda no debía cerrarse para nada. Siempre se hizo así. Ni siquiera cuando ocurrió el óbito de la señorita Pamela cerramos las puertas. Ella tampoco lo quiso y la señorita Paula ha querido seguir la política de su difunta tía... Cuando den permiso para enterrarla, irá al sepelio una representación de la casa. —Y el hombre echó una mirada hacia las viejas dependientas.

—¿Qué tradicionales! —exclamó Brent al salir.

—Cállese, señor Brent. Tengo mucho trabajo. Váyase al hotel y espere allí; puede que tenga que interrogarle otra vez antes de que lleguen los de Scotland Yard.

—¡Sargento! Tiene que averiguar lo de Raúl Sebastián... Aquí hay algo muy extraño. Todo esto me suena a timo. A Paula Stavessy la timaron. Ese Sebastián está muerto.

—¿Quiere dejarme investigar a mi modo, señor?

—Claro que sí, pero...

—Hasta más tarde, señor —cortó el sargento alejándose hacia el

centro de la plaza.

Brent quedó nuevamente pensativo. Ahora su mente giraba: en torno al nombre de un muerto: Raúl Sebastián.

CAPÍTULO X

Brent no sentía ningún deseo de encerrarse en la habitación del viejo y frío hostel del lugar. Deambuló. Soltó su imaginación. Se hallaba ante un caso más complejo de lo que pudiera parecer en realidad.

Allí había gato encerrado. Gato y liebre a la vez. Había dinero en juego. Mucho dinero, y era obvio que el móvil del crimen había sido, el interés del asesino. Sin embargo cabía preguntar: ¿Qué papel jugaba él en todo aquel galimatías?

Distrajo su atención con el paisaje. Observó el extenso prado que descendía hasta la orilla del lejano río. A lo lejos pastaba un rebaño. Más cerca, al lado de un bosque, asomaba el capó de un automóvil y Brent tuvo un presentimiento.

Echó a andar hacia el vehículo, y cuando estuvo a unos cincuenta metros observó cómo el coche desaparecía por el sendero, en medio del bosque. El conductor había puesto la marcha atrás.

Brent echó a correr hacia aquel lugar mientras su presentimiento se acentuaba.

Cuando llegó a la brecha del bosque observó el sendero, pero no halló ni rastro del auto.

Observó el suelo. Allí donde terminaba el césped, la húmeda tierra delataba las recientes rodadas del vehículo y Brent las siguió.

El camino entre los árboles se estrechaba considerablemente, y las huellas de los neumáticos seguían por un claro del bosque. En un lugar determinado, el vehículo debió maniobrar para seguir avanzando en marcha normal hacia adelante.

Brent continuó. El coche había tenido que sortear algunos árboles marcando claramente el camino seguido.

Brent con la mirada fija en las huellas, a punto estuvo de darse

un golpe en la cabeza contra algo insólito: unos zapatos. Unos zapatos que pendían de algún punto.

Se detuvo en seco y miró hacia lo alto.

—No... —exclamó balbuciente.

Aquello no era una pesadilla. Era real... A los zapatos seguían unas piernas, un cuerpo y la cabeza de un hombre.

¡Un hombre que pendía de una cuerda!

Tragó saliva y trató de volver a la realidad. No. Había visto visiones. Un hombre se había ahorcado... O lo habían colgado.

Sus ojos, haciendo un esfuerzo, se fijaron en el rostro del muerto.

—Es... ¡El guardián del cementerio!

* * *

—Yo seguía esas huellas, sargento... ¡Estoy seguro que son las del coche de Paula Stavessy! —decía Brent, apenas una hora más tarde, en el mismo lugar y en presencia del sargento y de los dos policías de que disponía el suboficial.

La bruma caía nuevamente sobre el bosque. El cadáver del ahorcado se hallaba en el suelo y el médico había diagnosticado momentos antes:

—*Rigor mortis*. Calculo que murió hace cuatro o cinco horas.

El sargento comprobó la hora y se volvió hacia Brent.

—Donde va usted aparece un cadáver.

—¿No creará que soy el responsable de esto, verdad?

El médico tenía algo que añadir.

—No podría asegurarlo, pero me parece que no se trata de un suicidio. A ese hombre le golpearon antes.

Tendré que pedir una asignación suplementaria para autopsias. Pueden retirarlo.

El pequeño aparato policial dejó libre el lugar. El sargento y Brent quedaron a solas. La ambulancia se había llevado el cuerpo de la víctima y el lugar volvió a recobrar aquella paz y aquel silencio que le eran habituales.

—¿Por qué cree que el coche era el que vio antes? ¿Se fijó en el número de la matrícula?

—¡No me dio tiempo, sargento. Lo seguí, pero ya se lo he

explicado...!

—Sí, sí —cortó el policía— usted seguía las huellas y de pronto: ¡Pum!, se encontró con el muerto.

—Eso es.

—Pero ya ha oído al forense. Llevaba horas muerto. El causante no pudo ser el conductor del automóvil. Al menos en esa hora.

—¡Ese coche...! —empezó Brent.

—Ya averiguaremos lo de ese coche. En cuanto a usted, váyase de una vez al hotel y no se mueva. —Y el sargento fue hacia su bicicleta, que tomó para alejarse. Se volvió sin embargo un poco antes, para decir—: ¡Ah! Hemos tenido una llamada de Londres. Su jefe nos ha dicho que lo había mandado aquí para vender.

—¿Sheffield ha llamado? —inquirió Brent lanzando un suspiro de alivio.

—¡Sí. Hace un rato, pero eso no le excluye de la lista de sospechosos! —concluyó el policía alejándose definitivamente.

Brent volvió a quedarse solo en el bosque. Observó el árbol del ahorcado y luego su mirada se posó en el suelo, hacia las rodadas que habían sido convenientemente fotografiadas y de las que incluso se habían llevado un molde con las marcas de los neumáticos.

Continuó por el sendero y llegó hasta la carretera, muy cerca del taller de reparaciones que a su llegada había visto cerrado. Todavía lo estaba.

—Deben haber cesado en el negocio —se dijo y luego lo pensó bien—. ¡Un taller de reparaciones!

Se aproximó para comprobar que la puerta estaba perfectamente cerrada.

Miró alrededor y decidió dar la vuelta al edificio.

En la parte lateral descubrió una puerta entreabierta. Se dirigió hacia ella y asomó.

Era una entrada secundaria y desde allí podía verse lo que había sido el taller.

Había un camión medio desguazado, una bicicleta apoyada junto a la pared, una mesa adosada igualmente al muro con herramientas y en un rincón podían verse barriles de grasa, latas y todo lo propio de un taller de esa especie.

Avanzó unos metros mirando con curiosidad, y observando con

atención el suelo vio sobre la grasa unas huellas. Parecían recientes. Las miró con atención y creyó ver en ellas el mismo dibujo de los neumáticos del bosque.

Miró hacia el lado opuesto y vio otra puerta de salida. Corrió hacia allí y observó que se trataba de una madera basculante. Bastaba empujarla para dejar espacio suficiente por donde un vehículo pudiera entrar o salir por la otra lateral.

¡Y allí también había huellas!

Un ruido de algo metálico al caer sobre el suelo le hizo volverse en redondo.

Entonces al pie de la escalerilla que conducía al interior de la casa vio a la mujer.

—Usted... —murmuró.

Aquel encuentro le había sorprendido.

CAPÍTULO XI

La joven y hermosa muchacha que Brent acababa de descubrir era la misma que había visto horas antes en el cementerio del pueblo. La que había confundido con Paula.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Brent.

—Lo mismo podría preguntarle yo a usted —repuso ella sin moverse de la pequeña escalera.

Se hizo un silencio. Brent fue a su encuentro y sus pisadas resonaron con fuerza en el pavimento del local.

—Seamos sinceros —dijo él—. Yo seguía las huellas de un coche.

—¡Que casualidad! Yo también seguía lo mismo, pero hemos llegado demasiado tarde. ¿Verdad?

—Temo que sí... ¿Quién es usted? Mi nombre es...

—Lo sé. Empieza usted a ser bastante conocido, señor Brent Soylen.

—Bueno. Yo...

—Usted busca algo además de las huellas. ¿No? —cortó la mujer.

—Busco salir de todo esto. No tengo nada que ver con este pueblo. Y...

Ella le miró con recelo, o quizá había algo más que desconfianza en la mirada de la muchacha. Odio tal vez...

—No finja conmigo. Usted es amigo de Sonia Green.

—¿Sonia Green? Le aseguro que es la primera vez que oigo este nombre. ¿Quién es Sonia Green?

Los ojos de la muchacha se clavaron en los suyos.

Brent pensó que aquella expresión tenía algo extraño, impropio de una mujer de sus características. La desconocida le seguía

pareciendo hermosa, pero fría, excesivamente fría pese a su abundante maquillaje. No se atrevía a mirarla con detenimiento porque aquellos ojos poseían algo indefinido que le inspiraba temor, y Brent no era un cobarde, pero sabía intuir un peligro.

La mujer abrió lentamente el bolso sin dejar de mirarle. Brent siguió cada uno de los movimientos de su interlocutora, que sacó un paquete de cigarrillos del que extrajo uno para colocárselo en los labios.

Brent iba a sacar su encendedor.

—¡No! Tengo fuego —repuso ella.

Brent la miró una vez más. Tenía unas piernas bonitas que mostraba desde las rodillas en una falda moderada. Continuó su mirada hacia arriba y observó un pecho discreto.

Ella lanzó una bocanada de humo azulado del cigarrillo que acababa de encender.

—No conoce a Sonia, ¿eh? —preguntó nuevamente.

—Ya le he dicho que no. Y me gustaría saber quién es usted. Quizá ambos estemos interesados en la misma cosa.

—Es posible —murmuró ella.

—¿Cómo debo llamarla...?

Antes de que pudiera contestar, alguien empezó a asomarse desde una pequeña ventana lateral junto a la puerta basculante. Una mano enguantada sostenía un revólver.

La mujer bajó los dos peldaños de la escalera con intención de aproximarse a Brent.

En aquel momento sonaron los disparos. Fueron dos.

La mano enguantada acababa de disparar.

—¡Al suelo! —gritó Brent.

La mujer se tiró a la par que él y al propio tiempo volvía a abrir el bolso para extraer de él un pequeño revólver. Brent estaba sorprendido.

—¡Cúbrase! —dijo y rodó sin levantarse, tratando de apartarse de la trayectoria de las balas.

El que disparaba desde la ventana abrió fuego otra vez y la bala pasó rozando a la desconocida que, con gran agilidad, dio una vuelta sobre sí misma para correr hacia el hueco formado por la escalera.

Una cuarta bala rebotó con gran estrépito en uno de los bidones

de grasa.

Brent corrió hacia la puerta por la que había entrado y gritó:

—¡Vamos! No se quede ahí.

La puerta se abrió de golpe y apareció un policía con su clásico uniforme.

—¡Vamos, salga! —ordenó a Brent.

La desconocida asomó por el hueco de la escalera dispuesta a disparar, pero el agente se le anticipó y abrió fuego un par de veces al tiempo que repetía su orden dirigida a Brent.

—¡Deprisa! ¡Vaya al coche!

Y Brent obedeció maquinalmente, a pesar de que tenía la evidencia de que allí ocurría algo anormal.

Tan anormal como que un policía inglés de uniforme lleve y utilice un revólver.

Brent se vio en el automóvil junto al volante con la voz del extraño *policeman* ordenándole.

—Conduzca. Deprisa. Carretera abajo.

La desconocida asomó de nuevo y disparó contra el coche. La bala atravesó el cristal trasero saliendo por la ventanilla posterior, pero muy cerca de Brent. Aquello fue un acicate para que el joven pusiera rápidamente en marcha el automóvil siguiendo las instrucciones de su uniformado compañero, que se volvió disparando a su vez y obligando a la desconocida damisela a meterse nuevamente en el abandonado taller de reparaciones.

Ya carretera adelante, Brent se volvió, advirtiendo que el policía le era totalmente desconocido. Por lo menos no era ninguno de los que había visto en las dependencias de la brigada local.

—¿Quién es usted?

—Siga adelante y no haga preguntas.

—No sé si salgo de una encerrona o me voy a meter en ella.

—Deténgase después de la curva —ordenó el policía por toda respuesta.

Brent había advertido que aquélla era la carretera de la estación del ferrocarril.

En la curva había una bifurcación que se adentraba por la campiña en medio de uno de aquellos verdes prados característicos en toda la zona.

Detuvo el automóvil y el policía se apeó rápidamente.

—Usted siga. No se detenga hasta el otro lado de la vía férrea. Hay un sendero a la derecha. Siga por él hasta el refugio de caza.

Dicho lo cual, el hombre se metió por el sendero camuflándose entre unos arbustos. Brent permaneció unos momentos en la carretera. Indeciso, pensativo. Le molestaba seguir instrucciones de un desconocido. En realidad le molestaba sentirse protagonista y recibir órdenes como un vulgar partiquino de una comedia en la que, quisiera o no, le habían asignado un muy importante cometido.

Puso el coche en marcha a escasa velocidad y, a través del retrovisor, pudo ver al policía, sin el uniforme, que salía de la espesura montado en una bicicleta con la que se alejó por el sendero.

Lo que no pudo ver fue el automóvil que poco después viró por el sendero, puesto que Brent cruzaba ya la vía férrea para encaminarse hacia el refugio de caza que le había indicado aquel hombre vestido de policía.

Dobló por el sendero y no le fue difícil encontrar el albergue. Era una pequeña edificación que debía ser tan antigua como el pueblo, pero que se conservaba en perfecto estado y parecía capaz para alojar por lo menos a una familia de cuatro miembros.

Se apeó del coche y miró alrededor. El paraje era solitario. Al volverse, se fijó bien en el automóvil que había conducido hasta allí. En el momento de subir, con la precipitación ni siquiera había reparado en su color. Sin embargo ahora...

Sus ojos aumentaron de tamaño al descubrir que había estado manejando el automóvil en el que había visto a la falsa Paula Stavessy.

—¡Cielos! —Miró la matrícula. ¡Era la misma que él había facilitado al Sargento Carpenter!—. ¿Qué significa...?

Antes de hallar una respuesta a su pregunta, una voz surgió desde la puerta del refugio.

Se volvió.

Una mujer estaba en el umbral.

—¡Ande, entre y no se entretenga más! ¡Dese prisa! ¡Lo que faltaba! Aquella mujer era Paula Stavessy. Bueno... la que él creía que era Paula Stavessy.

Lleno de curiosidad, y dispuesto a llegar hasta el final, optó por aceptar la invitación de la bella desconocida.

CAPÍTULO XII

—¿Le han seguido? —preguntó ella mirando a través de una de las ventanas del refugio.

Brent negó con la cabeza.

—Creo que no. Pero estoy sobre ascuas. Espero que me aclare unas cuantas cosas... Si no es usted Paula...

—Mi nombre es Sonia Green.

—¡Sonia Green! —exclamó Brent.

—¿Qué le ocurre?

—Acaban de preguntarme si era amigo suyo. He tenido que negarlo. Yo no sabía cuál era su nombre. Pensé que era Paula Stavessy.

—Ya... Y menudo lío armó usted haciéndose pasar por el sobrino de Raúl Sebastián, pero ya hablaremos de esto. ¿Quién le preguntó si era usted amigo mío? ¿No sería la policía?

—No, tranquilícese... Aunque la policía sabe ya que utiliza ese coche.

—Debí suponerlo. Me vio por la carretera y le faltó tiempo para ir a dar el soplo...

La forma de hablar de Sonia era muy distinta a la utilizada la noche anterior cuando estaba en su «papel» de Paula. Brent pensó que aquella chica era realmente desconcertante y ahora, con su tono autoritario, daba la sensación de estar acostumbrada a impartir órdenes, aparte de que todo su cuerpo respiraba vitalidad, propia de quien está acostumbrado a una vida activa.

—Me está usted dando muchos quebraderos de cabeza, Brent —añadió Sonia.

—Sólo falta que me acuse. Está bien, yo fingí ser el sobrino de Raúl Sebastián, pero lo suyo es peor porque se hizo pasar por Paula.

¡Y estaba en su propia casa!

—Sí. Estaba en su casa...

—¿Quién mató a Paula Stavessy? —soltó Brent de pronto.

—¡Vaya! ¿No creerá que he sido yo, eh?

—Usted y su amigo, ese extraño policía... Bueno, creo que no tiene nada de agente de la autoridad. Estoy metido en un complot y no entiendo nada. Espero una explicación. ¿Tiene algo de beber por aquí?

Buscó alrededor. La casa estaba amueblada, pero en algunos rincones había polvo de días. En un pequeño aparador reposaba una botella y un par de vasos. Fue hacia ella.

—¿Con su permiso? —Se sirvió y le ofreció el vaso a ella.

—No. Beba usted y acomódese. Tenemos que hablar.

—Eso estoy deseando. Saber lo que ocurre.

—¿Dónde habló con Fred?

—¿Fred?

—Sí. El hombre que iba vestido de policía. Se llama Fred Baxter.

—¡Ah! Apareció en el taller de reparaciones que hay en la carretera. Yo seguía las huellas de ese coche. Pensé que habían podido esconderlo allí. Creo que alguien más buscaba también el vehículo.

—¿Alguien más?

—Una chica. Antes la confundí con usted. De espaldas. En el cementerio.

—¿Una chica? —inquirió ella extrañada.

—Sí. Una chica.

—Descríbala. ¿Ha dicho que la confundió conmigo?

—De espaldas sí. Con esa maldita niebla... Bueno, de cara es completamente distinta. El pelo es parecido, pero el color de los ojos... Es extraño y mira de un modo muy raro. No está mal, pero no sé... Tiene algo que no sabría definirlo.

—¿Le dijo su nombre?

—No. No me lo dijo. Me preguntó si era amigo suyo. Es decir de Sonia Green, y yo entonces aún no sabía cómo se llamaba usted...

—No lo entiendo. Una chica...

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que no entiende?

—No importa. Siga... ¿Fred habló con usted delante de la chica?

—Más que hablar empezó a liarse a tiros con ella. ¡Cielos! Creí

que nos iba a dar a los dos. Bueno, esa chica llevaba un pequeño revólver en el bolso y disparó, pero de pronto ese Fred salió a mi espalda y me dijo que me dirigiera hacia el coche. La chica la emprendió a tiros contra nosotros. Bueno, pienso que las balas iban destinadas a ese Fred, pero por si acaso opté por largarme.

—¡Dios mío! —exclamó Sonia tras un breve silencio—. ¿Dónde está. Fred?

—Se quitó el uniforme y echó por un sendero antes de llegar a la estación. Iba en bicicleta.

—¡Vamos! —exclamó la muchacha caminando hacia la puerta.

—¿Vamos? ¿Pero dónde? ¿No íbamos a hablar?

—¡Después! Ahora no hay tiempo. Dese prisa.

—Pero, oiga...

Sonia estaba ya en el coche. Había puesto el motor en marcha.

—Cierre la puerta de golpe y suba. Me indicará, el camino... ¿Lleva usted un revólver?

—¡Yo jamás voy armado! —repuso Brent, que si antes no entendía nada ahora comprendía menos lo que estaba sucediendo.

Cuando ella arrancó bruscamente, dijo:

—Ahora ya no hay duda... Fred Baxter le salvó a usted la vida. Esa mujer iba a matarle.

—¿A matarme a mí? —inquirió Brent, que estaba empezando a perder la capacidad de sorprenderse.

—Sí, Brent. A usted.

—Pero ¿Por qué?

—Porque sabe usted demasiado...

—¿Que yo sé...?

¡Decirle a él que sabía demasiado cuando no hacía más que ir de sorpresa en sorpresa!

CAPÍTULO XIII

El automóvil se había desviado del sendero hacia el río. Allí estaba la bicicleta, tumbada sobre el césped. Sonia detuvo el automóvil y dijo a Brent:

—Mantenga el motor en marcha y vigile. Puede que alguien nos esté observando.

Atardecía ya. Para Brent el día había transcurrido casi sin darse cuenta y notaba un vacío en el estómago. Recordó que no había tomado ningún alimento. ¡La sucesión de los hechos no le permitió acordarse de la comida!

Ahora, intrigado, seguía con la mirada a Sonia, a la que obedecía maquinalmente esperando que al fin conocería la verdad.

Intuía que el comportamiento de Sonia, no era el de una criminal, pero indudablemente tenía algo que ocultar a la policía, o por lo menos actuaba con ciertas reservas. ¿Por qué?

—¡Aquí! —dijo ella de pronto, mirando hacia el río.

Brent salió del coche para llegar hasta su altura. Entonces vio lo que Sonia estaba observando.

En el lecho del poco profundo río había el cadáver de un hombre.

—Es él —identificó Brent.

—Sí. Fred Baxter. Lo suponía. Llegamos demasiado tarde... ¡Pobre Fred!

—Hay que ver cómo va muriendo la gente... ¿Por qué...?

—Vamos. No podemos hacer nada por él —exclamó Sonia.

—¿Y vamos a dejarlo ahí?

—Ya lo descubrirán... Dese prisa. Usted y yo podemos ser las siguientes víctimas...

Fueron al coche.

—Yo conduciré. Creo que está usted nerviosa —adujo Brent.

En efecto, en esos momentos Sonia ofrecía una faceta nueva de su carácter. Se mostraba más femenina. Si no asustada, al menos preocupada e inquieta.

Brent puso el automóvil en marcha para seguir luego por el mismo sendero.

—¿Volvemos al refugio? —inquirió él.

—Sí, por favor.

Se hizo un silencio. Ella se pasó una mano por el rostro en actitud cansada.

—Sonia —murmuró Brent rompiendo el breve silencio—. ¿Cree que esa mujer es la asesina?

—Estoy segura.

—¿Mató también a Paula Stavessy?

—Ahora creo que sí...

—¿Y a ese hombre... al guardián del cementerio?

—También...

—¡Un momento! Pero usted estaba allí. Vi el coche... Por eso seguí las huellas.

Sonia asintió para explicar seguidamente:

—Quería ponerme en contacto con usted.

—¿Conmigo?

—Sí. En un lugar conveniente...

—¿Por qué no se detuvo cuando la vi en la carretera?

—Entonces no... Fue después, cuando descubrí el cadáver del guardián. Pero primero necesitaba que alguien descubriese el cuerpo, para mantener ocupada a la policía. Le vi a usted y asomé el coche para que lo siguiera.

—¿Y descubriera el cadáver?

—Exacto.

Estaban ya en la carretera en dirección a la vía férrea. La luz de la tarde se iba extinguendo.

—Sonia... ¿Puede explicarme qué significa todo esto?

—No debería fiarme de usted... ¿Por qué se hizo pasar por el sobrino de Sebastián? ¿Qué pretendía?

—La verdad es que ni yo mismo lo sé. A veces uno adopta decisiones extrañas. Bueno... quizá es porque he tenido una temporada en que la suerte no me ha favorecido.

Un silencio y otra pregunta de Brent:

—¿Y usted? ¿Por qué me dijo que era Paula Stavessy? Tampoco es de mucho fiar.

—Yo tengo buenas razones, aunque a la larga hayan servido de muy poco. He fracasado.

—¿Fracasado?

—Sí, Brent. Pensé que sería un trabajo fácil y... En pocas horas han muerto una mujer a la que pretendía proteger, y un compañero.

—Olvida al guardián...

—Ése ya no estaba a mi cargo.

—¿Usted protegía a Paula Stavessy?

—Trabajo para una agencia de detectives. Insistí mucho en que me dieran este trabajo. Convencí al jefe que de una mujer sospecharían menos. Además tenía un plan. Todo fue bien hasta anoche...

—¿Se lo estropeé yo?

—No. No fue usted, sino la mala suerte.

Llegaron a la casa y se instalaron en el pequeño salón-comedor. Ella aceptó un *whisky*. Lo necesitaba. El tomó otro y se olvidó otra vez de la comida.

Ella siguió hablando después de tomar un sorbo del reconfortante aguardiente.

—Hacerme pasar por Paula formaba parte del plan. Ella salía poco de casa, excepto para ir al cementerio. La niebla era una excelente aliada. El velo me ayudaba a ocultarme. Lo importante era que el guardián viera a Paula todos los días... o creyera verla. Nunca había sospechado.

—¿La suplantó usted durante mucho tiempo?

—Tres días. No era difícil. En la casa tampoco llamaba nadie, hasta que apareció usted. Primero me sorprendió. Usted no figuraba en el programa y pensé: ¿Si fuera verdad que se tratara de un sobrino auténtico de Raúl Sebastián? Pero luego empecé a sospechar que no. Creí que podría ser un cómplice del que dirige todo esto, pero luego su forma de comportarse me desconcertó. ¿Quién era usted en realidad?, me pregunté una y otra vez. ¿Un asesino?

—¿Un asesino yo?

—¿Por qué no?

—Pero si yo...

—La mataron. ¿Verdad? Alguien tenía que hacerlo...

—¿Por qué tenían que matar a Paula?

—Formaba parte del plan.

—Sigo sin entender nada, Sonia. ¡De veras! Cierto que yo representé una comedia... —La miró fijamente y añadió—: Bueno, la verdad es que no todo fue comedia por mi parte. Llegó un momento en que...

—Sí —admitió ella—. Allí me desconcertó. O fingía usted perfectamente o... me hablaba en serio.

Se refería a los momentos más tiernos de aquel encuentro.

—Hablaban en serio y lamentaba haberla engañado... Bueno, haber engañado a Paula.

Se hizo un silencio. Se miraban los dos. Brent preguntó:

—¿Y usted? ¿Fingía también entonces?

Sonia reaccionó y varió de conversación.

—Bueno, hablemos de lo que importa. Todavía se puede hacer algo. Usted también está metido en un lío. ¿Quiere ayudarme?

—Creí que lo estaba haciendo...

—Está bien. Voy a contarle toda la historia.

—¿Tiene algo de cenar? No es por nada, pero al estómago es necesario engañarle de cuando en cuando. No se moleste, yo preparo lo que sea... ¿Dónde está la cocina?

CAPÍTULO XIV

Durante la cena, breve y frugal, Sonia contó su participación en todos aquellos hechos que, a medida que iban aclarándose para Brent, se disipaba lo que al principio se le antojó como el más impenetrable de los misterios.

La cosa era elemental: Paula Stavessy, joven y de excelente posición, sufría un marcado desequilibrio mental. Su devoción por su difunta tía Pamela le había llevado a un estado de abandono total. Se había encerrado en sí misma, sin moverse de aquella enorme casa que era como una tumba para ella.

Había crecido enfermiza, tímida y huidiza se había desarrollado y jamás tuvo más mundo que el de la romántica tía Pamela.

El nombre de Raúl Sebastián era venerado en aquella casa, incluso después de muerta su tía. El amor romántico que la difunta sintió por aquel cubano era el ideal sublime para la joven heredera.

La historia, conocida por toda la pequeña localidad, debió llegar a oídos de alguien que trató de sacar provecho de ella, y un día apareció Raúl Sebastián...

—Por supuesto —explicó Sonia— no era el auténtico Raúl Sebastián, pero con un maquillaje adecuado y la excusa del paso del tiempo, Paula llegó a creer que se trataba del auténtico amor de su tía.

»Naturalmente —siguió la detective—, el falso Sebastián sólo tuvo que repetir unas cuantas historias de las que todo el mundo contaba, y nombrar unos cuantos lugares comunes para convencer a la anonadada Paula de que estaba vivito y coleando. Le dijo que lo habían dado por muerto, pero en realidad había permanecido largo tiempo en un hospital, con la memoria de vacaciones... Bueno, una historia fantástica que, conociendo a Paula Stavessy, no es extraño

creyese.

—Creo que empiezo a comprender... —intervino Brent—. Esta mañana un empleado de la tienda Stavessy habló de ciertas ventas...

—Va por buen camino —admitió Sonia—. Así es... El «resucitado» Sebastián se dio maña en declarar rápidamente sus intenciones. Dijo a Paula que la mayor ilusión de su vida hubiera sido unirse en matrimonio con Pamela: un detalle que conmovió a la enferma y desequilibrada joven, y además añadió que no solamente estaba dispuesto a unir su vida sino sus negocios, pero ya que había llegado demasiado tarde y la fatalidad impedía consumir un hecho amoroso, quedaba todavía la parte material... Sebastián quería manejar todo lo que fuera de su amada; por ello estaba dispuesto a comprar... a un precio razonable, teniendo en cuenta que su fortuna, en la actual situación de su país, estaba retenida, etcétera, etcétera.

—El perfecto timo —apostrofó Brent.

—Factible, sobre todo teniendo en cuenta el estado de la víctima.

—Que cayó en la trampa.

—Paula jamás fue una persona interesada. Ella no entendía de beneficios ni de réditos. Pensó que allí estaba el hombre que hizo feliz a su tía. Era la única razón de su vida, por lo tanto. ¿Qué mejor que regalarlo todo a aquel hombre?

—¿Ha dicho regalarlo? —inquirió Brent sin demasiada sorpresa.

—Paula hubiera sido incapaz de cobrar un solo penique a aquel hombre. Pensó que su tía, desde el otro mundo, se sentiría feliz si sabía que todos sus bienes habían ido a parar a la gran pasión de su vida.

—¿Y quién se dio cuenta de que la estaban estafando?

—El notario.

—Byrnes, de Bristol —recordó Brent.

—Exacto. Paula tuvo que ir para modificar el testamento. Sacar de sus posesiones todo lo que había cedido a Sebastián. Naturalmente, el notario hizo preguntas; uno de sus abogados es quien llevaba los asuntos de Paula Stavessy, y le extrañó bastante de que todas aquellas cesiones no tuvieran su contrapartida en libras esterlinas.

—¿Y qué decía Paula?

—Ella no daba explicaciones de ninguna clase, pero estaba claro de que allí no existía venta, sino un simple y generoso regalo. Su casa, algunas tierras, todo lo que de valor hay en la casa, en fin...

—Incluido el coche que usted utiliza —sonrió Brent.

—Sí. Sólo que nadie se ha presentado a reclamarlo.

—¿Es ahora cuando interviene usted?

—El asunto era delicado y el abogado encargó el caso a un detective. Mi jefe. Debía averiguar quién era ese Sebastián y desenmascararle.

—¿Y Paula Stavessy admitió su intromisión?

—¡Oh! Por supuesto que no la hubiese admitido. Sólo se le insinuó el asunto y no quiso saber nada. Fue un compañero que regresó explicando la imposibilidad de que ella colaborara. Entonces puse en práctica mi plan. Para ello necesité la colaboración del doctor Ewerar. Es su médico. Mi jefe le explicó la situación y el doctor se avino a ayudarnos. El plan era sencillo. Necesitaba el campo libre, disponer de la casa y moverme a mis anchas.

—¿No habría sido más fácil advertir a la policía?

—¿Sin una denuncia de Paula? Ella jamás habría denunciado a Sebastián...

—Pero era un impostor.

—¿Cómo probarlo? Además... Cada cual es dueño de hacer con lo suyo lo que le apetezca. Si ella quería regalar a un desconocido todas sus propiedades podía hacerlo. Eran suyas. Se trataba de velar por sus intereses aún a pesar suyo, y en el momento de actuar ante la ley era necesario aportar pruebas.

—¿Nadie había visto a ese Sebastián?

—Ya debió tener buen cuidado de no dejarse ver.

—Pero era fácil seguirle la pista.

—No tanto. Sebastián podía —puede— delegar poderes en quien quiera y vender lo que tan graciosamente ha obtenido sin dar la cara. Sebastián puede ser cualquiera. Ella le otorga unos bienes, firma la cesión y le manda los papeles. Alguien firma con el nombre de Sebastián, un notario legaliza la cuestión, y en paz. Luego se vende y Sebastián sigue en la sombra...

—Comprendo. Siga...

—Queda poco. El médico, a instancias de mi jefe, prescribió a Paula un descanso absoluto y yo me instalé en calidad de enfermera. Pero eso sólo lo sabíamos el doctor y yo. Nadie más. Para todo el pueblo, Paula seguía haciendo su vida normal; por eso iba yo todas las tardes al cementerio para que el guardián no extrañara la ausencia de Paula... Queríamos evitar que el falso Sebastián pudiera entrar en sospechas. Así pues, mi presencia en casa de Paula era ignorada por todos.

Aquí hizo un pequeño inciso.

—A usted no podía decirle que era su enfermera. Me había visto en el cementerio y ya entonces pensó que era Paula.

—Fue el guarda quien me contó la historia. Creo que ya se lo dije.

—Sí. El guarda hablaba demasiado a veces, por eso era necesario que «me viese».

—Bueno. Esto está entendido, pero... Usted dijo antes que creía que podían matarla.

—Cabía la posibilidad, si el falso Sebastián sospechaba que andábamos tras él, de que se librara de Paula para que no pudiera volverse atrás de la donación que le había hecho.

—¿No es un trabajo muy arriesgado para una mujer sola?

—No me asusta el riesgo, Brent —repuso ella resuelta.

—Estoy seguro.

—Además, nada hacía sospechar de que Sebastián estuviese enterado, pero me equivoqué. Fallé por poco, pero desenmascararé al culpable —añadió Sonia convencida.

—¿No estaba esta madrugada en la casa...? —preguntó él.

—Cuando usted llevaba un rato allí llamé a la oficina de Londres —explicó ella.

Y Sonia recordó la escena.

Había ido a la cocina. Llamó desde allí.

—Alguien se hace pasar por el sobrino de Sebastián. Dijo llamarse Brent. No acabo de ver claro —contó a su jefe, que estaba ya en su domicilio.

—Ten cuidado y abre bien los ojos. Si ves algún riesgo avisa a la policía —le dijo el hombre.

—Eso sería estropearlo todo. Sólo llevo tres días aquí y Paula Stavessy no ha tenido ningún contacto. Puede tenerlo de un

momento a otro.

—Mira, Sonia, te aprecio demasiado para dejar que te arriesgues. Aquí hay mucho dinero en juego. Tenemos ya la cifra de lo cedido por la Stavessy. Más de cien mil libras.

Sonia lanzó un silbido.

—NO querrán perderlas así como así. Vigila a ese hombre que tienes en casa, pero no arriesgues nada. Te mandaré a Fred en cuanto lo localice...

—Bueno, está bien, pero que no venga a la casa. Nos encontraremos en la estación del ferrocarril. ¿A qué hora calculas que podrá llegar?

—No sé... Llama dentro de quince minutos. ¿Puedes?

—De acuerdo.

En otro de sus viajes a la cocina Sonia volvió a llamar. Entonces tenía nuevas noticias para su jefe.

—Bueno. No parece un hombre peligroso. —Se refería a Brent—. No lleva armas.

—Trabajas muy deprisa —sonrió su jefe a través del teléfono.

—Le tengo sólo con una manta puesta. Sus ropas se están secando.

—Puede ser un espía...

—¿Vendrá Fred?

—Le tendrás en la estación dentro de un par de horas. Si entre tanto ocurre algo, avisa.

Dos horas y algo más tardó Sonia en convencer a Brent de que debía irse a la cama.

Brent cortó el relato de la muchacha para preguntar:

—¿Me indicó la habitación y salió a reunirse con Fred Baxter?

—Así es.

—¿Y me dejó solo con Paula?

—Sí. Pero usted no lo sabía. Además la casa es enorme. Le habría costado mucho dar con ella.

—El asesino la encontró.

—Sí. Brent... La encontró... porque la hizo salir de su habitación...

—¿Usted no oyó nada?

—Yo no estaba.

—Pero según el forense, la hora de la muerte de Paula...

—Déjeme continuar —pidió Sonia.

—Por supuesto.

—Cuando llegué a la estación no había nadie. Fred Baxter no había llegado todavía. Luego supe que tuvo una avería inoportuna en el motor, así que, regresé a la casa y comprobé que usted dormía plácidamente. Paula estaba en una habitación alta del ala opuesta. Había dos puertas cerradas de por medio. El mejor camino para llegar a ella era una escalera secundaria que arrancaba desde la cocina, pero esto no lo sabía nadie. Otra de las costumbres de la Stavessy. Adoraba esa habitación...

—¿Volvió usted a la estación?

Sonia asintió.

—Sí. Llamé antes a mi jefe. El sabía lo de la avería. Fred no me llamó, eso era lo convenido.

—¿Y cuando usted fue a la estación por segunda vez asesinaron a Paula?

—Alguien debió llamarla desde fuera. Ella misma abrió la puerta al asesino.

—¿Usted la vio muerta?

—Y Fred también. Cuando llegamos la encontramos junto a la chimenea.

—¿Sospecharon de mí?

—Naturalmente. Pero comprobamos que seguía usted durmiendo a pierna suelta y el cadáver de Paula aún estaba caliente.

—¿Y no era el momento de avisar al sargento?

—Ya nada se podía hacer, y eso habría supuesto explicar todo el plan y poner en antecedentes a Sebastián. Ahora todavía nos queda la posibilidad de desenmascararle.

—Si la mataron, Sonia, es porque Sebastián ya sabe que ustedes andan tras él.

—Sí. Y la prueba es de que han matado a Fred Baxter...

—Y al guarda del cementerio... ¿Por qué?

—Porque debía saber algo.

—¿Y yo? ¿Qué tienen contra mí?

—Piensan que trabaja conmigo.

—En valiente situación estoy...

—Usted se la buscó.

—No me quejo. Esto me ha permitido verla de nuevo, y además, me alegro de que no sea Paula Stavessy.

—¿De veras? Yo no soy millonaria.

—Mejor.

Sonrieron.

—Ahora debe irse. El sargento le andará buscando. Pero tenga cuidado.

—¿Y usted? ¿Va a quedarse sola?

—Nadie conoce este refugio.

—¿No cree que es mejor decir la verdad al sargento?

—¡Ni se le ocurra!

—¿Por qué? Usted misma ha admitido que Sebastián está enterado.

—Sí, pero mientras quiera eliminarle, tendré una oportunidad de sorprenderle. Si interviene la policía todo se habrá perdido.

—¿Tan poca confianza tiene en nuestros agentes?

—Nadie conoce a Sebastián. No olvide esto...

—Pero tendrá que darse a conocer...

—Hay medios de hacerlo, créame. Es mejor cogerlo con las manos en la masa...

—¿Quiere ser usted quien lo haga?

—Es otra buena razón.

—Tenaz.

—Mucho.

—Sí. La tenacidad es lo mejor. Nunca debe perderse —lo dijo pensando en sí mismo.

—Ande, váyase.

—Dígame primero si ha cambiado de opinión respecto a mí.

—Sé por lo menos que no trabaja para Sebastián.

—Podría ser un asesino.

—No.

—¿Tan segura?

—Estoy bien informada. Recuerde al médico. El sabe que sigo aquí. Ha estado al tanto de todo y me ha dicho quién era usted.

—Un fracasado corredor de circunstancias.

—Lo de fracasado lo dice usted —sonrió ella. Y añadió—: 30 años, soltero, trabaja circunstancialmente para una empresa de Londres, una casa de poca monta, cuyo jefe de ventas es un tal

Lewis Sheffield que ha confirmado plenamente aquel extremo. Y por última vez, váyase.

Brent estaba ya en la puerta. Le costaba marcharse. Se sentía bien junto a Sonia, tan bien como la noche anterior; luego, tampoco le gustaba la idea de dejarla sola...

—Si aparece esa mujer...

—Le repito que este refugio no lo conoce nadie. Pertenece al doctor. Y sé que puedo confiar en él.

Brent se volvió aún:

—¿Y si descubren el coche?

—Lo esconderé.

—Lamento haber dado el número.

—Eso ahora es lo de menos...

—Sonia...

—¿Qué?

—Estoy pensando... Esa mujer. Usted dice que es la asesina.

—Sí. También hay mujeres asesinas.

—¿Cree que trabaja para Sebastián?

—¿Para quién si no?

—Al guardián no pudo matarle.

—¿Por qué?

—¡Según el forense, le golpearon primero!

—No es difícil golpear a un hombre por la espalda. ¿Quiere que hagamos la prueba? —preguntó Sonia con su peculiar decisión. Pero Brent iba por otro lado:

—No es eso... Golpearle puede ser relativamente fácil, pero ¿cómo lo hizo para colgarle? Es una mujer y el guardián era un hombre de peso considerable... Piense en esto, Sonia.

Sonia iba a decir algo, pero optó por insistir:

—Váyase ahora, por favor, no ponga en duda la fuerza de esa asesina.

CAPÍTULO XV

Brent se había servido de una bicicleta que formaba parte de las pertenencias del refugio, y con ella se dispuso a regresar al hostal.

Había anochecido ya. La bruma difuminaba las luces de la estación. Un tren mantuvo detenido un automóvil que aguardaba cruzar la vía para dirigirse a una de las sendas del lado opuesto. Brent esperaba también que la barrera subiera para pasar.

Cuando el guarda dejó libre el paso, el auto se puso en marcha y Bren, al cruzarse con el coche, quedó de una pieza.

—¡Sheffield! —exclamó al reconocer a su jefe circunstancial.

—¡Vaya hombre! Menos mal que te encuentro. He preguntado por ti en todo el pueblo. Tienes al sargento furioso... Me haces dar la cara y luego te escondes. ¡En menudo lugar vas a dejar la casa! ¿Puedes decirme en qué lío te has metido?

—Bueno, es una historia un poco larga... No creo que en este sitio...

—¿De dónde diablos has sacado esa ridícula bicicleta? Anda, sube a mi coche y charlaremos. No tengo mucho tiempo y me has hecho perder ya demasiado.

Poco después, y en el interior del auto de Sheffield, Brent contaba a su modo las peripecias, sin demasiados detalles, pero con la claridad suficiente para que su jefe lo comprendiera.

Sheffield, mayor que Brent, era un hombre nervioso, inquieto, dinámico. Era la clase de tipo con soluciones para todo. Sabía improvisar en cualquier situación y dar los consejos oportunos. Sheffield había sido siempre un hombre con suerte. Eso es lo que opinaba Brent, que concluyó:

—Bueno. Ya lo sabes. Pero te ruego que no hagas ningún comentario.

—¡Lo que faltaba! Metido a detective...

—Esa chica es estupenda, Lewis.

—¿Te refieres a esa Sonia de la que me has hablado?

—Sí.

—Otra chiflada. ¡Como tú!

—Tal vez, pero empiezo a encontrarle gusto. Esto no me va a reportar nada, pero tengo la sensación de hacer algo útil...

—Luego te quejas de tu suerte. Siempre serás un don nadie. Defensor de causas perdidas. No sacarás nada de este asunto, amigo. Mi consejo es que lo dejes. Ya he hablado con el sargento. Sabe que no eres más que un infeliz, incapaz de...

El rostro de Brent había cambiado por completo. Miraba a Sheffield con reproche y éste se dio cuenta.

—Bueno, perdona. No quise decir...

—Lo has dicho, Lewis. Soy un infeliz. He tenido poca suerte porque siempre juego a perdedor. Bueno, pero lo importante es hacer algo a gusto, algo que, además, valga la pena. Ayudar a una chica, desenmascarar a un criminal... Te mandaré tus cosas, Lewis. No quiero ser vendedor. No me gusta el trabajo, ni quiero ser explotado por individuos tan listos como tú.

—Ya he dicho que no quería ofenderte... Sólo pretendí...

—Ayudarme, sí. Gracias por haber abogado por mí ante el sargento, pero, como dices, soy incapaz de matar una mosca, porque los infelices no pueden ser asesinos.

—Te lo tomas muy a pecho... Bueno. En serio. Puedo esperarte si quieres. El sargento dejará que te vayas y...

—No lo has entendido, Lewis. Me despido.

—Está bien. Si puedo hacer algo más por ti...

—Sí. Dejarme tranquilo. Adiós, Lewis. —Y Brent salió del coche.

En la misma dirección se aproximaba otro automóvil que aflojó ligeramente la marcha hasta detenerse por unos breves instantes junto al auto de Sheffield.

Brent miró al conductor. Era una mujer a la que reconoció al momento.

—Es la misma que...

La mujer de los ojos inquietantes aceleró de nuevo cruzando la vía férrea por el sendero que pasaba por delante del refugio.

—Dios mío... Es la asesina —musitó Brent para sí y reaccionó

vivamente—. Aparta, Lewis.

—¿Qué diablos?... —empezó su amigo.

—¡Que me dejes conducir! Hace un momento me preguntaste qué podías hacer por mí. ¡Vamos, muévete!

El auto de la desconocida había desaparecido en la curva inmediata.

—¿Pero, qué significa esto?

—Lewis... No puedo perder tiempo. ¿Te apartas o lo hago yo? —Y la actitud amenazadora de Brent no dejaba lugar a dudas.

—Está bien, hombre... —Se apartó y Brent sé le echó materialmente encima para tomar el volante y poner el coche en marcha—. Ya me explicarás...

—Esa mujer, Lewis... Ha pasado junto a nosotros... Es una mala zorra.

—Oye, muchacho. Yo no quiero meterme en líos, ¿eh? Si quieres jugar a los detectives allá tú, pero a mí no me mezcles.

—Cierra el pico, bocazas...

—Para el coche, Brent. Hazlo o...

—Intenta hacer algo y te parto la cabeza... ¿Está claro?

Sheffield guardó silencio. Quizá porque no conocía a su amigo bajo aquel aspecto y le creía capaz de hacer lo que decía.

—Chico... No eres tan pacífico como imaginaba.

Brent aceleraba la marcha intentando dar alcance al automóvil que seguía, pero la mujer había tomado considerable delantera.

—¿Es que no puede correr más este maldito cacharro? —exclamó Brent.

—¿Es que no corremos bastante? Esto es un automóvil y no un avión.

Sin embargo, Brent casi consiguió hacer volar el vehículo, y así llegaron cerca del refugio de Sonia.

No había rastro del auto de la desconocida, ni tampoco estaba el vehículo fichado por la policía.

Brent frenó en seco y lanzó un suspiro.

—Pasó de largo —murmuró.

—¿Pasó de largo quién? ¿Me puedes explicar qué ocurre? —Sheffield miró hacia la casa.

—Tú no entiendes. A ti no te importa nada...

—Si me lo contaras...

—Esa mujer que pasó por nuestro lado.

—No me fijé.

—Yo sí. Ha matado a tres personas. Yo puedo ser la cuarta... Y Sonia una víctima más. Creí que había descubierto su escondrijo.

—¿Vive ahí? —inquirió Sheffield.

—Sí... Y voy a advertirla. No te muevas. Por lo menos tienes que llevarme hasta donde dejé mi bicicleta.

—Humm. No entiendo nada; pero te advierto que no estoy dispuesto a ayudarte.

—Hace un momento estabas inclinado a hacerme un favor.

—Y me mandaste al diablo —sonrió Sheffield.

—Sí. Lo siento...

—Yo también siento lo que te dije —sonrió Sheffield—. Estamos en paz.

—De acuerdo. Ahora, aguarda un momento, y si vuelve esa mujer haz sonar el claxon...

—Brent... En serio. Olvida esto. No trabajes para la casa si no quieres... Pero esto no es para ti.

—Sé lo que me hago.

—Está bien, está bien. Allá tú. Piensa devolverme el muestrario. Supongo que no has hecho ningún pedido. Tú te lo has perdido. Habrías vendido algo en la tienda de la Stavessy, pero preferiste camelarte a la dueña y ya ves cómo te salió. ¡Ni siquiera conseguiste hablar con ella!

—¿Otra vez, Sheffield?

—No, amigo. Yo ya he terminado. Adiós...

—¡Espera!

Pero Sheffield cerró la puerta y puso en marcha el coche.

—¡Maldito! —exclamó Brent, pero se encogió de hombros y fue hacia la casa.

No había ocurrido nada. Todo estaba en orden, todo excepto...

—¡Sonia!

Nadie contestó y Brent buscó por todo el refugio.

—¡Sonia!

¡No estaba!

—¡Cielos!

El refugio estaba vacío.

—¿Dónde puede haber ido...?

Una puerta rechinó y puso en guardia a Brent, que avanzó hacia el punto donde había surgido el ruido.

Una sombra entraba en la casa, sigilosamente, tratando de no ser descubierta.

Era la sombra de un hombre...

CAPÍTULO XVI

Brent se parapetó detrás de una puerta y dejó que el hombre avanzara hacia la estancia principal de la casa.

El intruso había utilizado una puerta lateral que Brent desconocía y le vio caminar con la seguridad de quien conoce perfectamente el terreno que pisa.

Aguardó conteniendo la respiración.

El hombre pasó junto a él sin darse cuenta de su presencia y Brent surgió a su espalda aplicándole una llave para inmovilizarlo.

Recordaba sus tiempos en que la defensa personal había constituido uno de sus deportes favoritos.

—¡Aaag! —gritó el hombre inmovilizado.

—¿Qué busca? —inquirió amenazante Brent sin soltar su presa.

—¡Suélteme...! —gritó el otro.

Era un sujeto entrado en años. Fuerte, macizo, pero totalmente indefenso ante la llave de que era objeto.

—¿Qué diablos es usted?

Antes de que el hombre pudiera contestar, se abrió la puerta principal y apareció Sonia.

—¡Brent! Suéltele, por favor.

—¿Eh? —Brent miró a Sonia que añadió:

—Es el doctor Shepard. Por favor. No tiene nada que temer de él.

Soltó a su presa, y el doctor se enderezó y desentumeció sus músculos.

—¡Vaya! Veo que tiene un buen guardián... —Se volvió hacia Brent y añadió—: Le felicito, amigo... Creí que me iba a romper un brazo.

—Lo hubiera hecho. No le quepa duda.

Sonia concluyó las presentaciones.

—Es el doctor Gerald Shepard. El que me informa de cuanto ocurre. Creo que ya le hablé de él.

—Soy Brent, doctor —saludó.

—Debí suponerlo... Encantado... Bueno, yo vine para averiguar si todo va bien.

—Por ahora sí, doctor —repuso la muchacha—. ¿Tiene alguna noticia?

—Están interrogando al vagabundo que descubrió el cadáver.

—No le sacarán nada —repuso Sonia—. El lo vio mucho después que nosotros y en la casa ya no había nadie.

—Debería hablar con la policía, Sonia —repuso el doctor—. Han hallado otro cadáver.

—Fred Baxter —murmuró ella.

—¿Lo sabía?

—Sí —adujo Brent interviniendo—. Y sabemos quién es la asesina.

El doctor Shepard frunció el entrecejo.

—Sólo necesito algún tiempo, doctor —adujo Sonia—. Sé que Sebastián aparecerá.

—¿Por qué está tan segura?

Ella vaciló. Brent también estaba intrigado, aunque muy lejos de adivinar la respuesta de la muchacha, que tras la pausa explicó:

—Sorprendí una llamada telefónica..., cuando estaba en la casa. Sebastián habló con Paula Stavessy. No pude oír toda la conversación, pero deduje que pensaba mandar a alguien...

Brent avanzó.

—Eso no me lo dijo.

—¡Qué más da!

—Siga —pidió el médico.

—Alguien recogería algunos papeles en nombre de Sebastián. Seguramente se trata de documentos importantes relativos al traspaso de alguno de sus bienes. Raúl no querrá renunciar a ellos... Por eso estoy convencida de que aparecerá.

—Tal como están las cosas no se atreverá —musitó el doctor.

—¿Por qué no? Nadie conoce a Sebastián. Puede ser cualquiera. Incluso usted, doctor Shepard.

El médico palideció para reaccionar enseguida.

—Tiene mucha imaginación, Sonia...

—Es un decir, doctor... Mientras la policía no sepa la verdad, Sebastián se atreverá a todo sin renunciar a nada... Esos papeles son de vital importancia.

—¿Y dónde están esos papeles? —preguntó Brent.

—No lo sé. Ella tenía que entregárselos a Sebastián o a su emisario.

—Pero ella «no está» —recordó Shepard.

—Tal vez estén en la casa —adujo Brent.

—Pensaba volver allí —asintió Sonia.

—No lo haga. Es demasiado peligroso. Yo averiguaré lo que pueda —se ofreció Brent.

El doctor intervino.

—Sonia... Celebro que esté bien, pero esto no puede continuar. Considere mi posición. Soy muy amigo de su jefe, pero en estos momentos estoy ocultando unos hechos a la policía. Intervendrá Scotland-Yard. El asunto es grave. Tendré que hablar con el sargento.

—Por favor, doctor... Una noche más... Se lo pido.

El médico vaciló unos instantes para contestar:

—Usted también está corriendo un grave riesgo.

—Eso es verdad —admitió Brent—. Vine a prevenirte. Esa mujer ha tenido que pasar por delante de la casa. La vi en la estación. Tomó el sendero. —Y señaló fuera—. Seguro que te anda buscando.

—¿Qué mujer? —inquirió Shepard.

—Una asesina...

—No sabía... —empezó el doctor.

—Váyanse los dos, se lo ruego. Me cuidaré. Tengo un revólver. Sabré defenderme...

El médico vaciló y la muchacha, dirigiéndose a Brent, quiso saber si había regresado al pueblo.

—No. Encontré a mi amigo. Vino a hablar en mi favor —explicó el joven.

—Entonces regresa. No te compliques.

—Regresaré en cuanto hable con el sargento. Estoy libre. Parece que Sheffield lo ha arreglado todo —dijo Brent. Y añadió—: No quiero que te quedes sola. Voy a recoger mis cosas y vuelvo enseguida. ¿Me acompaña, doctor?

El médico dudó unos instantes.

—Bueno... Si no me necesita...

—No. No necesito a nadie, por ahora —sonrió ella.

Antes de salir por la puerta principal Shepard inquirió de Sonia:

—Oiga... ¿De veras tiene un arma?

—Sí, doctor. La guardo en ese cajón. —Y señaló un mueble. Lo abrió y extrajo un «Colt» automático del calibre treinta y ocho—. Está cargado —añadió.

—No se separe mucho de él —sonrió el médico—, aunque no apruebo estas cosas... Vamos, señor Soylent.

Salieron y el médico invitó a Brent a subir a su coche.

CAPÍTULO XVII

El doctor Shepard había dejado a Brent en la misma entrada del puesto de policía. Poco después el sargento Carpenter, tras lanzar un bufido, espetó:

—¡Maldita sea! Le dije que no se moviera... Bien... Ya tenemos anotadas sus señas de Londres; puede irse, pero está a nuestra disposición. ¿Lo ha entendido? Este asunto no ha concluido todavía.

—Espero que consiga usted un éxito, sargento —sonrió Brent conciliador.

—No será por su ayuda, por supuesto, y si se va usted es gracias a su jefe. El responde de usted.

—Al menos es algo. Adiós, sargento, y lamento no haber podido ayudarle más.

Brent salió de nuevo a la calle. Se sentía importante porque presentía que su presencia allí iba a ser decisiva por algo. Libre ya de las tenazas de la policía sólo pensaba en regresar junto a Sonia y terminar aquel asunto...

El doctor Shepard ya no estaba. La plaza se hallaba desierta y frente a él vio los ya cerrados almacenes Stavessy. El hostel estaba en una de aquellas calles que desembocaban en la plaza.

Subió a su habitación y recogió su breve equipaje que todavía no había sacado de la maleta. Tomó igualmente el maletín muestrario y se disponía a salir cuando llamaron a su puerta.

Al abrir se encontró con alguien a quien sólo había visto una vez, pero al que recordaba perfectamente.

—Buenas noches —saludó el recién llegado.

Era el cajero de los almacenes Stavessy. El hombrecillo de los manguitos, vestía ahora un raído traje negro que, a pesar de las modas que habían pasado sobre él, se mantenía todavía en

estimable estado gracias al buen paño.

—¿Me recuerda usted, señor Soylen?

—Sí, sí, pase... Usted trabaja en la tienda de la difunta señorita Stavessy.

—En efecto... Esta mañana no quise decirle nada porque el sargento estaba delante y el asunto es... bueno... digamos que es confidencial. Así lo dispuso la señorita Paula...

Brent no comprendía nada de lo que intentaba decirle el viejo cajero.

—Verá —siguió el hombre—. Tenía algo para usted, pero pensé que nos veríamos en otras circunstancias.

—¿Algo para mí?

—Sí, señor... Usted es un vendedor. ¿Verdad?

—Sí...

—De la casa Mac Ground.

—Digamos que lo era... Bueno. Sí —admitió Brent.

—La señorita Paula sabía que usted iba a venir para hacer un pedido y... —El hombre vaciló como si no se atreviera a proseguir. Miró alrededor.

—Siga, amigo... No comprendo cómo la señorita Paula podía saber que yo vendría. No tuve ocasión de conocerla. Usted ya sabe la versión de los hechos. Creo que en el pueblo la conoce todo el mundo. ¿No? Me refugié en casa de la señorita Stavessy por la lluvia...

—Sí, sí... Eso ya lo sé —sonrió el hombrecillo. Y luego preguntó de súbito—: ¿Es usted amigo del doctor Shepard?

—¿Por qué?

—Bueno, como le vi hace un momento bajar de su coche frente al puesto de policía... —Y el hombre extrajo un sobre lacrado del interior de su gabardina. Era un sobre bastante abultado que Brent observó atentamente.

* * *

Mientras tanto el doctor Shepard había detenido su automóvil en un hueco entre la maleza, a un centenar de metros de la casa refugio donde estaba Sonia.

Comenzó a andar con paso firme, pero sin prisas, hacia la

edificación. El auto quedaba fuera de la vista de cualquiera que hubiese transitado por el sendero de gravilla.

Sonia, en estos momentos estaba examinando su revólver que volvió a depositar en el cajón del mueble donde lo guardaba y algo inquieta miró a través de la ventana que seguidamente cerró, asegurando los postigos.

En otro lugar cercano, la desconocida de los ojos inquietantes aguardaba en el interior de un automóvil. La vegetación protegía al vehículo y a su propietaria de miradas indiscretas.

Consultó la hora en su pequeño reloj-joya y acto seguido procedió a una tarea que hubiese dejado estupefacto a cualquier curioso que hubiese estado observando, pero nadie podía verla en aquel lugar.

La desconocida comenzó un extraño *strip-tease* y lo inició por la cabeza.

Su pelo, similar hasta cierto punto al de Sonia, quedó depositado sobre el asiento delantero del coche. Era una preciosa y bien peinada peluca.

Junto con el pelo cayeron las pestañas y al lado de éstas fueron depositadas unas lentillas que hasta entonces habían camuflado el auténtico color de los ojos de la presunta asesina.

Una peca postiza y un paño impregnado de un discreto maquillaje de fondo hicieron compañía a los restantes adminículos.

El rostro de la extraña mujer había experimentado un sensible cambio, perdiendo parte de su feminidad.

Continuó su *strip-tease* empezando por los zapatos de discreto talón. Luego las medias de fina fibra, el ligero...

La falda fue la siguiente prenda.

La blusa y un abultado sujetador la dejaron con la ropa interior.

Pese a su delgadez, a sus hechuras, cualquiera hubiera podido asegurar sin temor a equivocarse que aquella persona era... ¡un hombre!

Y éste, vestido como tal, apareció pocos minutos después junto al coche.

Iba de negro, pantalón y jersey de cuello alto. Tenía escaso pelo, rubio. Su mirada era obsesiva.

De su bolsillo extrajo una cuerda de nylon que, tomándola con ambas manos, probó su consistencia. Acto seguido comenzó a andar

hacia la casa refugio.

El doctor Shepard estaba ya muy cerca de la puerta secundaria de la pequeña edificación.

Y en el interior, Sonia parecía seguir aguardando algo... Aunque quizá no imaginaba lo que le venía encima.

* * *

Y entretanto, el empleado de los almacenes Stavessy alargó el abultado y lacrado sobre a Brent.

—Aquí tiene. Bebe usted entregarlo a su empresa. La señorita Paula fue muy estricta... Era muy ordenada. ¿Sabe?

—Sí, sí, pero... —Brent empezaba a tener una sospecha, pero el hombrecillo adujo nuevamente—: Tenga cuidado. Son documentos importantes. Aunque esté muerta no hay razón para no cumplir sus instrucciones. Ella ha sido muy buena con nosotros... Nos ha demostrado una gran confianza. Igual hacía su difunta tía.

—¡Un momento! ¿Cuándo le entregó esos documentos?

—Hace... Bueno... tres días. Estaba enferma. Dijo que no podía salir de casa, pero lo hizo, vino un día por la noche y me dijo: «Tome eso, señor Morgan, vendrá un corredor. Se llama Brent Soylent. Hágle un buen pedido y dele eso para que lo entregue a la casa donde trabaja».

Brent estuvo a punto de pegar un brinco.

¡Sabían su nombre!

Al tomar aquel sobre sabía de antemano lo que contenía.
¡Documentos de cesión de bienes!

«Me han utilizado como intermediario».

—Haga el favor de hacerlos llegar a su destino —siguió el hombre—. Yo ya he cumplido... Y le haré un buen pedido, si tiene la bondad de tomar nota.

Pero Brent no estaba para tomar notas. ¡Ahora sabía la verdad!

—¡Oiga, pero...! —Al hombrecillo le extrañó bastante ver como Brent salía como alma que lleva el diablo guardándose el abultado sobre en un bolsillo de la chaqueta—. ¡Oiga! —Siguió el cajero.

Brent saltó los escalones de cuatro en cuatro con una sola idea en la mente:

Sonia estaba corriendo un grave peligro. Porque el asesino

«tenía que estar junto a ella».

CAPÍTULO XVIII

El doctor Shepard empujó la puerta lateral de la pequeña edificación. La encontró cerrada y se apresuró a buscar una llave.

El hombre del pelo rubio y vestido de negro surgió de entre las sombras y se apostó junto a la puerta principal del refugio. Escuchó unos momentos y golpeó con los nudillos.

Sonia salió de la cocina y aguzó el oído.

El hombre delgado de afeminado aspecto llamó de nuevo y musitó en voz baja:

—Abra, Sonia, por favor. Es importante.

Sonia avanzó junto a la puerta y preguntó:

—¿Quién está ahí?

—Soy Sheffield, un amigo de Brent —mintió el individuo.

—¿Sheffield? —inquirió ella.

—Sí. Soy el jefe de Brent. Abra. No pierda tiempo.

Ella dudó un instante y abrió al fin.

El hombre se coló como una exhalación, empujó a Sonia y sacó un revólver del bolsillo trasero.

—¡Cuidado! —advirtió.

Sonia retrocedió, pero el desconocido saltó materialmente sobre ella haciéndola objeto de una llave para inmovilizarla, sin dejar de encañonarla con el revólver.

—He dicho, cuidado...

—Candy Shellers. ¡El travestido! —murmuró ella—. Lo imaginé cuando me hablaron de una mujer. Una mujer con fuerza suficiente para ahorcar a un hombre.

—Parezco una mujer y me enorgullezco de ello, pero sé cuidarme para mantenerme en forma.

—Un asesino a sueldo... de Sebastián —espetó ella.

—En el *cabaret* no se gana tanto como algunos piensan —y presionó con mayor fuerza el brazo de la muchacha.

—¿Quién es Sebastián? —inquirió ella.

—¿De qué te servirá saberlo?

—Quizá no me sirva de nada, pero tampoco disfrutarás tu paga...

—Eso es algo que está por ver, querida.

—¡Os descubrirán!... Sebastián irá a recoger los documentos que Paula le prometió y todo habrá terminado.

—Sebastián es más listo de lo que piensas y tú una estúpida. Querías hacerlo todo solita...

—No tanto, hay alguien más que está al corriente.

—Tu jefe. No tiene pruebas. No sabe quién es Sebastián.

—Alguien más.

—¿Ese Brent? ¡Bah! Ya me encargaré de él. Es sólo un estúpido.

—Escucha, Candy... En este trabajo te has equivocado. Sabes que la policía sospecha de ti, de tu intervención en varios asuntos.

—No tiene pruebas.

—Ahora las tendrá.

—No digas bobadas. Han visto a una mujer... si es que me han visto, pero esa mujer desaparecerá. Descuida. Yo nunca adopto el disfraz del *cabaret*. La auténtica Candy es rubia, de ojos azules. —Se vanagloriaba de su facilidad en cambiar de aspecto... femenino—. Estás intentando perder el tiempo y no te servirá de nada. Aguardaremos a Sebastián. Es un tipo formidable. No tardarás en conocerle.

El doctor Shepard había abierto ya la puerta lateral y comenzó a caminar hacia la estancia donde se hallaba Sonia a merced del travestido.

Un leve crujido en el *parquet* de madera hizo volverse a Candy. El doctor apareció.

—¡Sonia! —Advirtió.

—¡Cuidado! —gritó ella a su vez.

Shepard, observando la situación, se precipitó hacia el mueble donde la muchacha guardaba su revólver.

—¡Quieto! —advirtió Candy.

Shepard abrió el cajón para extraer el revólver. Candy soltó a Sonia y disparó.

La bala alcanzó al médico, que se revolvió ahogando un grito de dolor, mientras de su costado comenzaba a manar la sangre de la herida.

Cayó al suelo y aún pudo murmurar:

—Venía a advertir... te de... —No pudo continuar. La herida era grave y Shepard quedó inmóvil.

Sonia se revolvió, pero se contuvo ante la amenaza de Candy, que con una sonrisa de triunfo murmuró:

—No, querida... No intentes nada. Estás en mi poder.

A Sonia le repugnaba aquel sujeto, pero además del asco sentía el temor de su propia impotencia.

Por su profesión, había oído hablar de sus crueldades, de su total carencia de escrúpulos y ahora estaba a su completa merced.

Quizá el único que podría salvarla era Brent, pero ¿qué podría hacer un inexperto como Brent Soylen?

Y entretanto éste utilizaba el único medio de locomoción de que disponía: La bicicleta que había recogido en el camino cuando el doctor Shepard le llevó al pueblo. Tres kilómetros largos le separaban de la casa refugio, de los cuales ya había recorrido la mitad.

Pedaleaba con todas sus fuerzas por la ligera pendiente de la carretera. A lo lejos sonó el pitido de un tren.

—Un kilómetro —pensó Brent, redoblando sus esfuerzos y consciente del peligro que atravesaba la muchacha.

No pensaba ya en «la misteriosa mujer» —cuya identidad desconocía—. Pensaba en el verdadero asesino. En el instigador de todo aquello, porque sólo una persona podía saber de antemano que él iría al pueblo: la misma persona que había logrado engañar a Paula Stavessy haciéndose pasar por Sebastián. La persona que aguardaba los documentos de una importante cesión de bienes firmada por la difunta Paula.

La misma persona que le había enviado a aquel pueblo: *LEWIS SHEFIELD*.

CAPÍTULO XIX

Lewis Sheffield detuvo su automóvil frente al refugio. Miró alrededor y observó la casa.

Dentro de la pequeña edificación, el travestido había soltado a Sonia que ahora se hallaba sentada en una de las butacas. La seguía encañonando. Lo hacía con una sonrisa que a la muchacha se le antojó repugnante.

Sheffield se dirigía hacia la parte lateral cuando percibió cierto ruido en el sendero. Se amparó en las sombras y esperó.

Sonrió al ver a Brent llegar montado en la bicicleta. Aguardó a que la soltara y le vio dirigirse corriendo hacia la puerta principal, donde Brent, apostado en ella, escuchó unos instantes.

Sheffield sacó un momento el revólver que llevaba en su bolsillo y lo volvió a guardar.

Brent se volvió y descubrió entonces el automóvil de Sheffield detenido en la parte lateral de la casa, y sus temores se acentuaron.

Decidió llamar con los nudillos al tiempo que levantaba su voz:

—¡Sonia! Soy Brent. Contesta. ¿Estás bien?

Ella se levantó del asiento, pero Candy amenazándola con el revólver le indicó silencio.

Brent insistió.

—¡Contesta, Sonia! He venido con la policía. Tienen la casa rodeada. Si hay alguien contigo, que me escuche bien... La casa está rodeada...

Sheffield sonrió divertido ante lo que le pareció la más ingenua de las mentiras.

El travestido se aproximó lentamente a la ventana, sin dejar de apuntar a Sonia, que en aquellos instantes gritó:

—¡Apártate de la puerta, Brent!

Brent saltó los dos peldaños que daban acceso a la entrada y se ocultó en la parte lateral opuesta a la que se hallaba Sheffield, que se dispuso a terminar con la situación, dando un rodeo por la parte trasera.

Candy asomó y no vio a nadie. Se revolvió hacia la muchacha y mirándola con odio murmuró:

—No te canses, charlatana. El caerá también. Y esto va a terminar ahora mismo.

Brent en la parte lateral, observó una de las ventanas de aquel lado. No tenía los postigos cerrados y el interior estaba oscuro. Dedujo, por la situación, que se trataba de la cocina.

Sheffield surgió a muy pocos metros de su espalda y cuando se disponía a sorprender a Brent fue sorprendido a su vez por la actitud decidida y resuelta del joven.

Brent, sin dudarle, había tomado un tremendo impulso y se lanzó contra los cristales de la ventana cubriéndose la cabeza con las manos.

Cayó al otro lado con gran estrépito de cristales rotos y el consiguiente ruido al tropezar con la mesa y derribar cuanto en ella había.

Candy perdió el dominio por unos momentos y se precipitó hacia la cocina en el momento en que Sonia, aprovechando la confusión, se lanzaba sobre el travestido intentando arrebatarse el arma.

Candy se revolvió furioso golpeando y empujando a la muchacha que lanzó un grito cayendo contra la butaca en la que antes había permanecido sentada.

Brent surgió de la cocina y vio ante sí al desconocido empuñando el arma.

—¡Cuidado! Es el asesino —gritó Sonia desde el suelo.

Brent actuó rápidamente de la forma más expeditiva. Ante la amenaza del revólver soltó una patada a su desconocido adversario alcanzándole una pierna.

Candy lanzó una maldición al tiempo que su revólver se disparaba hacia lo alto.

Brent no le dejó reaccionar y cayó sobre él como un huracán. Ambos rodaron por el suelo entre los muebles, mientras Sonia se reponía y buscaba algo para ayudar a Brent.

Éste comprobó que, pese a su delgadez manifiesta, Candy poseía una fuerza más que notable, tanto, que llegó a dominarle por completo y le atenazaba fuertemente la garganta con ambas manos.

Sonia había cogido el atizador de la chimenea, en el momento en que Brent con un esfuerzo supremo conseguía librarse de la presa para rodar de nuevo enlazado con su agresor.

Sonia no pudo propinar ningún golpe a Candy por temor a dar a su salvador.

Y Brent había conseguido incorporarse, pero su rival soltó el puño alcanzándole de refilón y haciéndole trastabillar.

Candy se dispuso a terminar por la vía rápida intentando alcanzar el revólver que había perdido en la lucha. Brent reaccionó y detuvo su marcha con un rodillazo que alcanzó a su enemigo en plena mandíbula. Candy se enderezó por la contundencia del golpe y Brent le atacó con dureza en el estómago. Le tenía dominado. Un nuevo golpe mandó a su enemigo contra la chimenea, donde al caer su cabeza dio contra un canto de la misma y quedó inmóvil, allí, muy cerca del doctor Shepard, a quien Brent no había visto hasta aquel instante.

—Cielos, si es el doctor...

Antes de que pudiera terminar la frase apareció Sheffield. Lo hizo sin que ninguno de los dos hubiese advertido su llegada a través de la puerta principal. Iba armado y se parapetó tras la muchacha al tiempo que advertía:

—Esto se acabó. Me estáis dando demasiado trabajo.

Ella quiso librarse de Sheffield, pero éste la atrajo hacia sí con fuerza conminando a Brent.

—Y tú, quieto.

Brent estaba muy cerca del revólver del travestido, pero era demasiado tarde para inclinarse a recogerlo.

—Ninguna tontería. Ella caería primero. Empieza a andar hacia adelante. ¡Y no te vuelvas! —siguió ordenando a Brent.

Y Brent tenía que obedecer.

No se volvió y Sheffield con el zapato movió el cuerpo de Candy.

—Hummm. Luego me ocuparé de él. —Miró también al doctor. Parecía respirar—. Y de éste también. Ahora adelante. Daremos un largo paseo. Tú conducirás mi coche, Brent. Ya lo conoces...

Brent se volvió pero el antebrazo izquierdo de Sheffield aprisionó

con más fuerza el cuello de la muchacha.

—¡Sin volverte, Brent! Soy yo el que da las órdenes. No lo olvides, maldito infeliz... Ya te advertí a tiempo que te alejaras de esto. No quisiste hacerme caso. Ahora ya sabes la verdad, pero te va a servir de muy poco.

CAPÍTULO XX

Habían salido los tres al exterior en dirección al automóvil de Lewis Sheffield, que murmuró:

—Siempre juegas a perdedor, muchacho. Lástima que no supieras aprovechar la oportunidad...

—Lewis... Espera... Sé lo que buscas. Yo lo tengo...

—No intentes ganar tiempo —previno su ex amigo.

—Un sobre con unos documentos. Lo tengo yo... Los documentos que yo sin saber de qué se trataba, debía entregarte...

—¿Qué...? —Sheffield empezó a interesarse.

—Lo sé todo, Lewis... Me mandaste a este lugar porque en mi lista de clientes figuraba la casa Stavessy. Allí ya tenías previsto que, además de hacerme un buen pedido, me entregaran los documentos... Paula los firmó y están a tu nombre.

—¿Dónde están? —inquirió Sheffield.

—¡Calma! Los tengo en lugar seguro —mintió Brent, puesto que los llevaba encima—. Te los daré a cambio de nuestra libertad.

—No te creo.

—Es verdad, Lewis... Paula lo había dispuesto todo. Los dejó firmados a un empleado, que era el encargado de entregármelos... Y ese empleado me los dio hace poco.

—¿Cuándo?

—Hará unos diez minutos escasamente; por eso supe quién era el que se hacía pasar por Sebastián.

Lewis Sheffield vaciló.

Brent siguió hablando.

—No debiste ordenar que mataran a Paula, Sheffield.

Éste fue tu error. Te precipitaste. No eres tan listo como crees. Todo hubiera salido más o menos como planeaste sin ese crimen

inútil.

—Ella sabía la verdad. Esa entrometida logró meterse en su casa —espetó Sheffield refiriéndose a Sonia, tras la que se seguía escudando—. Candy lo descubrió. Le había enviado para que vigilara la casa.

—Pero usted le llamó preguntándole por los documentos. Yo oí parte de esa conversación —adujo Sonia.

—Sí. Es cierto.

—Y ella le dijo que ya estaban preparados, que podía mandar a alguien a recogerlos.

—Exacto, y mandé a Brent Soylent.

—Un infeliz que te ha complicado las cosas.

—No por mucho tiempo —soltó Sheffield—. Quiero esos documentos. ¿Dónde están?

—No, Lewis... Tú quieres algo y yo también. Si nos eliminas jamás los tendrás. No sabes dónde están.

Sonia insistió en ganar tiempo; era un modo de confundir a Sheffield.

—Su amigo Candy no cumplió exactamente sus órdenes. Es mejor que lo admita, Sheffield... Le gusta matar...

—¡Cállese! El hizo lo que debía. Usted estaba en la casa y me habló de otro individuo. Era Brent, pero yo no lo sabía. Le ordené que matara a Paula y lo hizo.

—¿Y al guarda del cementerio también? —insistió ella.

—Me había visto sacando una foto de Sebastián...

—Y a mi compañero Fred Baxter...

—Eso es asunto suyo. Usted también estaba en la lista. ¡Y basta de charla! ¡Los documentos!

—Primero suéltala a ella, Lewis. Ahora no puedes dar órdenes —adujo Brent.

—No tientes la suerte.

—¡Suéltala!

El inconfundible rugido del motor de una motocicleta llamó su atención. Alguien se acercaba.

—¡Al coche, deprisa! Los dos. Tú primero, Brent. —Y empujó a la muchacha hacia uno de los asientos traseros.

Brent fingió que iba a subir pero se revolvió golpeando con el codo a Sheffield, que intentó defenderse con el arma, pero ella desde

el asiento le sujetó el brazo.

Brent le sujetó por detrás y tiró con fuerza de Sheffield, cayendo los dos sobre la húmeda tierra.

Sheffield estaba desarmado. Trató de huir, pero Brent se tiró en plancha reteniéndole.

Cuando se levantaron ambos a la vez, fue Brent el primero en golpearle. Le alcanzó en pleno mentón. Sheffield cayó en el instante en que llegaba el sargento. En otra motocicleta apareció igualmente uno de sus ayudantes.

Apenas hubo palabras. Sólo Brent habló para decir:

—Se llama Lewis Sheffield, pero se hizo pasar por Raúl Sebastián...

El policía lanzó una mirada de reproche a Brent, pero enseguida se dispuso al trabajo.

Para Brent y para Sonia sobre todo, el trabajo —el suyo— había concluido en aquel mismo instante.

EPÍLOGO

Hubo las explicaciones de rigor. El sargento impartió reproches por no haber sido informado, pero se alegró de que el asunto hubiese terminado sin la intervención de Scotland Yard.

Por su parte, explicó su presencia en la escena final del caso.

—El doctor Shepard me había dejado una nota citándome en su refugio. Yo no estaba en ese momento, por eso me retrasé.

—¿Cómo está el doctor? —inquirió Sonia.

—Bien, bien. La herida no ha sido grave, pueden ir a visitarle si lo desean.

Posteriormente Shepard explicó el motivo de su presencia en el refugio:

—Bueno... No es que sea un lince, pero me había cruzado con ésa o «ése» Candy un par de veces. Una de ellas lo vi cerca de la casa de Paula y parecía muy interesado. No le di importancia, pero la última tarde, cuando ese Sheffield fue a hablar con la policía, poco después vi como Candy se reunía con él en las afueras. Luego, Sonia habló de una asesina y usted dijo que había seguido el rastro de esa mujer hasta cerca del refugio. Empecé a atar cabos y... Bueno, decidí advertir a la policía. Había callado demasiado tiempo y presentía que, para ayudar a Sonia, lo que estaba haciendo era poner en peligro su vida. Decidí adelantarme para advertirla, pero llegué demasiado tarde.

—Y pudo usted morir, doctor —murmuró ella.

—¡Bah! Madera vieja. Eso es lo que soy, un poco carcomida, pero fuerte —sonrió.

—Me alegro que esté de buen humor, doctor... —saludó Brent, despidiéndose.

En la calle una edición especial del *Times* de Londres daba

cuenta de los sucesos de aquel pueblo perdido en la campiña.

Sheffield se hallaba detenido y Candy...

—Mira qué dice el periódico, Sonia —advirtió Brent leyendo—. «Cuando intentaba fugarse del hospital, tras ser dado de alta de la conmoción cerebral sufrida en lucha contra el señor Brent Soylen que había intentado detenerle, cayó desde el séptimo piso muriendo en el acto».

Sí. El cuerpo de aquel ser abyecto por tantos conceptos se estrelló contra el suelo. Ya no volvería a asesinar.

—La sociedad no lo echará de menos —murmuró Sonia.

Estaban ya en el tren. Regresaban a Londres.

—Bueno. Vuelvo a estar sin empleo —murmuró Brent.

—Ya he hablado de ti a mi jefe, desea conocerte. Quizá pueda darte un trabajo.

—¿Detective yo?

—No lo has hecho tan mal.

—No te burles. He sido un simple intermediario. Me han utilizado. Ésa es la realidad.

—Pero has dado una buena lección a los que te menospreciaban.

—Lo mejor de todo es haberte conocido.

Ella sonrió, añadiendo:

—Te falta un poco de práctica.

—¿Serías capaz de enseñarme? —inquirió él mirando a los ojos de aquella encantadora muchacha que le sonreía complaciente.

—Yo no soy Paula Stavessy —recordó ella.

—Yo tampoco soy un cazadotes. Aquello fue una tontería... Justa para meterme en el lío —acercándose más, volvió a preguntar —: ¿Me admites como alumno?

—Supongo que también tendré que aprender mucho de ti, Brent —repuso Sonia a modo de respuesta afirmativa.

Y el tren continuó su rauda marcha hacia Londres.

FIN



María Victoria Rodoreda nació en Berga, provincia de Barcelona, aunque muy pronto se trasladaría a la capital, donde residió hasta su muerte, que tuvo lugar el 22 de julio de 2010 a los 79 años de edad. Allí conoció a su esposo, Juan Almirall Erliso (1931-1994)

que había comenzado a escribir guiones y novelas y fue quien la animó a presentar sus primeros trabajos en las editoriales, comenzando así una extensa trayectoria como escritora. Más adelante, y dado que la demanda de originales fue creciendo, extendiéndose a todos los géneros, ambos decidieron trabajar de forma conjunta. Como cabía esperar dado su lugar de residencia, María Victoria siempre se movió por las órbitas de las editoriales de la Ciudad Condal, Toray primero y más tarde Bruguera y Producciones Editoriales, heredera esta última de la también barcelonesa Ferma. Una peculiaridad de María Victoria Rodoreda fue su afición a coleccionar seudónimos, hasta el punto de convertirse en la más prolífica, en lo que a éstos se refiere, de todos los autores de ciencia-ficción popular españoles. Catorce en total. Los siguientes en orden de mayor a menor utilización: Marcus Sidéreo, Vic Logan, Rand Mayer, Al Sanders, Boris Marcov, Holm van Roffen, Ian de Marco, Joseph Lane, Mark Donovan, Rock

Marley, Douglas Kirby, John Talbot, Kent Duvall y John Randall. Este último, por cierto, era un seudónimo habitual de su esposo, pero fue ella quien lo utilizó para firmar la novela Cuando todo termine, número 8 de la colección Infinitum. Además de los ya citados bolsilibros de ciencia-ficción, su legado es muy extenso, abarcando la totalidad de los géneros: romántico, bélico, espionaje, policíaco, terror, oeste... sin que ni ella ni su esposo dejaran ninguno por tratar. Asimismo firmó con su propio nombre, M.

V. Rodoreda,

numerosos guiones para cómics de colecciones tales como Hazañas Bélicas, Serenata, Babette, El Dúo Dinámico, Hazañas del Oeste... Por último, adaptó guiones de cuentos clásicos editados principalmente por las editoriales Toray y Bruguera. A raíz del colapso de las colecciones de bolsilibros y de la práctica totalidad de la literatura popular a mediados de los años ochenta, que por lo general supuso un mazazo para todos los que habían hecho de ella su profesión, María Victoria se apartó del mundo editorial, mientras su esposo todavía continuaría vinculado a él durante algún tiempo alternándolo con otras actividades.